
JOHN LE CARRÉ
¿EL TRAIDOR DEL SIGLO?
Lectulandia

En «¿El traidor del siglo?», John le Carré, casi como un simple reportero, trata de explicar las razones que llevaron al general suizo Jean-Louis Jeanmarie a convertirse en traidor y pasar información clasificada a diferentes agentes del servicio de inteligencia soviético durante la guerra fría. Este hecho real, que protagonizó las primeras planas de los periódicos en 1975, le supuso al general una condena a dieciocho años de cárcel por alta traición. La prensa suiza le consideró el "traidor del siglo" y, antes del proceso, el presidente de la Confederación Helvética reclamó para él todo el peso de la justicia. En el transcurso de la novela, le Carré se irá planteando preguntas que no encuentran respuesta en los acontecimientos y levantará una serie de dudas razonables que le llevan a pensar si Jeanmarie no sería nada más que el chivo expiatorio de una traición que oculta a un espía más importante… De la pluma de le Carré el lector puede contemplar con fascinación cómo el relato, en su despliegue, va convirtiendo en literatura todo aquello que toca.

Lectulandia

John le Carré

¿El traidor del siglo?

ePub r1.1
Piolin 18.11.2018

John le Carré, 1991
Traducción: Ana María de la Fuente Rodríguez

Editor digital: Piolin
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

¿EL TRAIDOR DEL SIGLO?

—No morí —dice Jeanmaire con orgullo—. Eso querían ellos, pero yo no les hice el favor.

Es de noche. Estamos solos en su pisito de las afueras del este de Berna. Él prepara una *fondue* de queso para nosotros dos. En un estante de la cocina veo los platos de metal que utilizaba en la cárcel.
—¿Por qué los conserva?
—De recuerdo —responde.
En el pequeño recibidor están colgados la daga y el sable que acompañan el uniforme de gala de los oficiales del ejército suizo. Decoran la sala la reproducción de una alabarda medieval y su título de arquitecto fechado en 1934. En una fotografía autógrafa del general Westmoreland, conmemorativa de una visita de buena voluntad hecha a Berna, se lee: «General de las Tropas de la Defensa Aérea», el último destino de Jeanmaire.
—Otros no consiguieron nada, desde luego —dice con malicia, dando a entender que él fue elegido para esta distinción.
Decide que es hora de tomar una copa. Ahora bebe poco, pero con la delectación de siempre.
—Lo tomo con un poco de agua —explica. Con la espalda erguida al estilo prusiano, alza el codo, saca el tapón de la botella de whisky que yo le he traído y escancia con precisión. Añade el agua a su bebida, levantamos los vasos, bebemos mirándonos a los ojos, volvemos a levantarlos y nos apoyamos en la mesa, un tanto incómodos, mientras él saborea el whisky y lo declara aceptable. Luego, se va otra vez, ahora, al fogón, a remover el queso y —como buen instructor militar que es, además de juez— explicarme cómo he de proceder para preparar mi propia *fondue*.
En el escritorio, en el suelo y contra la pared, se amontonan papeles, carpetas y recortes de prensa, clasificados y marcados para su última campaña.
Es prurito de periodista pretender que la gente no hace mella en ti. Pero yo no soy periodista ni, en esta entrevista, me sitúo en un plano superior. Jean-Louis Jeanmaire me causa una impresión profunda, con visos humorísticos y terribles.

Jeanmaire no está hecho para ser un misterio y, mucho menos, un espía. Ni para ser suizo, porque los sentimientos se le leen en la cara, aunque él procure disimularlos. Sería el peor jugador de póquer del mundo. Tiene la cara ancha y, pese a su aparente agresividad, parece extrañamente vulnerable. Sus cejas de payaso enfadado se alzan, se juntan, se estremecen y se admiran al paso de las emociones. También su cuerpo parece estar en constante pugna consigo mismo, como si al mismo tiempo se adelantara hacia ti y se retrajera. Es bajo y, en tiempos, fue de complexión delicada,

pero la lucha ha hecho de él un toro. Sus ademanes, breves y apasionados, parecen más vehementes al estar confinados a un espacio pequeño. Cualquiera que sea la época de su vida que te refiera —su infancia, el ejército, su matrimonio, la audiencia o la cárcel— adviertes en él y, a veces, hasta en ti mismo la necesidad de más espacio, más aire, más distancia.

—¡Yo no tenía *acceso* a información de máximo secreto! — susurra con un estremecimiento emotivo que su cuerpo apenas consigue contener—. ¿Cómo iba a revelar secretos que desconocía? ¡Lo único que hice fue dar a los rusos briznas de información inofensiva que indicaban que sería peligroso atacar a Suiza! —Experimenta una sacudida de furor—. *C'était la dissuasion!* — clama. Agita el dedo. Tiene las cejas juntas sobre la nariz—. ¡Mi intención era impedir que esos bolcheviques chiflados del Kremlin lanzaran un ataque contra mi país! ¡Les hice comprender lo caro que les costaría! ¿Qué es la *disuasión* si no se *disuade* a la otra parte? ¡Denissenko lo comprendía! ¡Él y yo trabajábamos juntos contra los bolcheviques!
Baja la voz para concluir con más suavidad:
—Yo nunca fui un traidor. Un incauto, quizá. ¡Traidor, nunca!

Sus estados de ánimo varían ininterrumpidamente. No tiene tiempo. Dedica cada uno de los momentos que le quedan a buscar justicia. Domina el gesto y la mímica. Puede ser remilgado, displicente, rijoso; a pesar de sus ochenta años tiene la energía de un hombre de cuarenta. Ahora se te cuadra como un boxeador y, al momento siguiente, no ves sino su espalda de soldado cuando, con los pies juntos, se inclina para encender devotamente las velas de la mesita de la cocina. Las enciende todos los días en memoria de su esposa, dice, la misma esposa a la que nunca reprochó que se acostara con su némesis, el coronel Vassili Denissenko, familiarmente, Deni, agregado militar y oficial del servicio secreto soviético destacado en Berna en los años sesenta, que, sin el menor esfuerzo, reclutó a Jeanmaire como fuente de información.

Apaga el fósforo agitando la mano. Tiene dedos finos de relojero.
—¡Es que Deni era atractivo! — protesta, y sus ojos pálidos de mirada lejana se inundan de amoroso recuerdo quién sabe si de su mujer, de Deni o de los dos—. ¡De ser mujer, también yo me hubiera acostado con él!
Lo dice sin turbación. A pesar de todo lo que le han hecho, Jeanmaire todavía ama: a sus amigos, vivos o muertos, a sus varias mujeres y a sus contactos rusos de antaño. Asusta la facilidad con que aún confía este hombre cuya confianza ha sido defraudada tantas veces. Imposible escucharle y no sentir deseos de protegerlo. ¡Deni era atractivo!, insiste. ¡Deni era culto, simpático, honrado, caballero! ¡Deni era un

héroe de Stalingrado, tenía medallas al valor, admiraba el ejército suizo! ¡Deni no era un bolchevique: era un oficial de caballería, un zarista, un militar de la vieja escuela! Deni, hubiera podido agregar, era también el residente del GRU, el servicio de información militar soviético, pariente pobre de la KGB. Pero a Jeanmaire esto parece tenerle sin cuidado. Él insiste en que la primera vez que supo de la KGB fue cuando catalogaba libros en la biblioteca de la cárcel. Y del GRU estaba más alejado todavía. Él jura que en ningún momento de su carrera militar fue entrenado en ninguno de estos cuerpos.

Y Deni fue *leal hasta el fin*, repite, golpeando la mesa con su puño pequeño, como el niño que teme no ser escuchado: y el fin fueron doce años de prisión solitaria en una celda de tres metros por dos, después de ciento treinta días de interrogatorios intermitentes, civiles y militares, bajo arresto, seguidos de seis meses de detención en espera de juicio y de un consejo de guerra a puerta cerrada que duró apenas cuatro días. Sus conclusiones siguen siendo secretas.

—Cuando fui arrestado, Deni, desde Moscú, escribió una carta a la *Gaceta Literaria Soviética* en la que me describía como el mayor anticomunista que había conocido. La carta fue publicada en la prensa suiza, pero no se hizo mención de ella en mi juicio. Una carta semejante es algo excepcional. Deni me apreciaba mucho.

Esto no es exactamente lo que escribió Denissenko, pero no importa. Él describió a Jeanmaire como un nacionalista y un patriota que, probablemente, era como Denissenko se veía también a sí mismo.

Y el lastimero elogio prosigue. Deni nunca le apremió, nunca trató de sacarle nada que él no quisiera dar. *Ergo*, ¡Deni era un hombre honrado! No tan honrado como para que Jeanmaire consintiera que le pagara una copa, ni aceptara de él un sobre con dinero, ni le permitiera ver su firma en una carta, pero honrado al fin y al cabo.

—¡Deni era un hombre de corazón, un verdadero compañero de armas!

Sobre todo, Deni era *noble*. Jeanmaire otorga el calificativo como una medalla. Jeanmaire ha sido prejuzgado vilipendiado y encarcelado. Ha estado tan cerca de ser quemado igual que una bruja como permite la sociedad moderna. Y lo único que pide antes de morir es que el mundo le devuelva su propia nobleza. Y yo espero que así sea. Y cualquiera lo esperaría. Porque, ¿quién va a querer defraudar a un hombre de sentimientos tan contagiosos y vulnerables?

A la sugerencia de que pudo estar celoso del amante de su esposa, Jeanmaire responde con perplejidad.

—*¿Celoso?* — repite y sus ágiles cejas se unen instantáneamente en señal de reprobación—. *¿Celoso?* Los celos son vicio de hombres limitados, la confianza, por el contrario…

Nuevamente, hemos herido su vanidad, su trágica, pueril y susceptible vanidad: ¡debo saber que Jeanmaire no es un hombre limitado! ¡Y su esposa era una mujer pura, buena, hermosa y, al igual que Deni, fiel hasta el fin! De todos modos, para ella el fin

llegó antes, porque murió mientras él estaba en la cárcel. Y es que el encanto de Deni, por halagüeño que pareciera, costó un alto precio.
Jeanmaire extrae del montón de recortes una borrosa fotografía del gran hombre, y yo me esfuerzo por imaginar su atractivo. ¿O era de Jeanmaire todo el atractivo y éste era el único que no se enteraba? Desgraciadamente, pocos oficiales rusos son fotogénicos. Yo no logro ver en Deni más que a un burócrata militar de traje gris e inexpresiva cara de torta que parece que hubiera preferido no ser retratado. Y Jeanmaire, este suizo atípico, está tan radiante como si acabara de ganar el Derby.

Permítaseme ser periodista por un momento. Jean-Louis Jeanmaire nació en 1910 en la pequeña ciudad industrial de Biel, en el cantón de Berna, donde, entre otras cosas, se fabrican los relojes que sus pequeñas manos me recuerdan. Biel es bilingüe, alemana y francesa. También lo es Jeanmaire, aunque él considera el francés su lengua materna y habla alemán con un acento seudo—prusiano, áspero y nasal que no me suena a suizo, aunque, desde luego, yo no he estado en el ejército suizo. Si existiera un alemán hablado en Canadá, pienso mientras le escucho arrastrar las erres y recortar las aes como con una sierra, eso hablaría Jeanmaire. Su padre era un ultraconservador de escalofriante rectitud. Al igual que Jean-Louis, era arquitecto. Pero por pasión era coronel de caballería y jefe de movilización de la ciudad de Biel. En un país condenado a la paz, el pequeño Jeanmaire nació hijo de soldado y desde pequeño deseó ser soldado. Tenía cuatro años cuando estalló la Primera Guerra Mundial y conserva un nítido recuerdo de su papá, vestido de uniforme, al lado del árbol de Navidad y de su querido padrino Tissot que, también de uniforme, iba a visitarlos.

>—*Era un oficial muy guapo*— Jeanmaire evoca a su padrino Édouard Tissot casi como si hablara de Deni.
Al parecer, Tissot también estaba guapo sin el uniforme. A veces, cuando Jeanmaire iba a visitarlo a su espacioso apartamento, lo encontraba andando desnudo por la casa. ¡Desde luego que Tissot no era homosexual, exclama con repugnancia, ni Jeanmaire tampoco! Aquella desnudez era espartana, no sexual.
Pero Jeanmaire conserva otro recuerdo de su infancia, que contrasta con esta estampa de gloria militar y refleja mejor las conmociones sociales de la época: la huelga general de 1918 en Suiza, cuando los «bolcheviques de Biel» hicieron descarrilar un tren para levantar una barricada y pusieron la bandera roja sobre la locomotora volcada. Su violencia contra la propiedad y su falta de disciplina horrorizaron al pequeño Jeanmaire, cuyo amor al ejército aumentó más aún. Incluso hoy, si tuviera la oportunidad, Jeanmaire militarizaría a todo el orbe. Parece que, sin su ejército, se siente huérfano.

Jeanmaire es, estrictamente, producto de su ascendencia. Para los que de Suiza no conocen más que montañas y valles, el militarismo suizo, si algo saben de él, no pasa de ser motivo de chiste fácil. Nada les dicen las planchas de acero circulares que se ven en las sinuosas carreteras de montaña desde las que se detonarían cargas explosivas para cerrar los valles al agresor, ni las grandes puertas de acero que dan acceso a fortalezas secretas excavadas en las montañas, arsenales militares unas y refugios en los que esperar el fin del holocausto nuclear otras; ni los arrogantes jóvenes de uniforme que los fines de semana se exhiben por las calles y los salones de té. Nada saben de las enormes inversiones anuales en tanques, aviones de combate y sistemas de alerta de fabricación norteamericana, ni de la defensa civil, los refugios subterráneos ni del ejército que es, proporcionalmente, después del de Israel, el mayor del mundo (con 625.000 hombres para una población de 6.500.000 habitantes) y que cuesta al contribuyente suizo el dieciocho por ciento (y ha llegado hasta el treinta por ciento) del presupuesto nacional, es decir, 5.900 millones de francos suizos, medio billón de pesetas al año. Si el aullido de reactores en vuelo rasante o los disparos de armas semiautomáticas en el campo de tiro local, turban las vacaciones alpinas del turista, éste atribuirá tales molestias a la chistosa obsesión de un pacífico Liliput por jugar a las guerras de los mayores.

>Y, en cierta medida, los mismos suizos, en su trato con el extranjero ignorante, fomentan esta opinión; los partidarios del sistema, para no trivializar la cuestión y, los disidentes, porque les violenta reconocer que su país vive en un estado de semimovilización permanente y casi obsesiva. Para bien o para mal, muchos suizos ven en la tradición militar de su país la esencia del carácter nacional. Y la cadena de influencias y relaciones que comporta es, probablemente, la más fuerte de las muchas que constituyen la compleja estructura interna del poder suizo.

Para sus detractores más radicales, el ejército suizo es, sencillamente, una carísima arma de represión social y un insensato despilfarro del dinero del contribuyente, que reproduce, en lo militar, las diferencias de la vida civil. Pero, para sus defensores, es el espíritu mismo de la unidad nacional que salva las diferencias lingüísticas y culturales entre las distintas etnias de Suiza y mantiene a raya al creciente número de inmigrantes que amenazan con diluir la vieja y orgullosa sangre de la Suiza libre. Ante todo, dicen sus defensores, el ejército disuade al aventurerismo extranjero. Del mismo modo que los apólogos de la disuasión nuclear insisten en que la bomba atómica, por su sola existencia, garantiza su no utilización, los partidarios del militarismo suizo mantienen que el ejército ha garantizado la neutralidad (y, por lo tanto, la supervivencia) del país durante las sucesivas guerras europeas.

Jean-Louis Jeanmaire, que se precia de haber convertido a objetores de conciencia compañeros de prisión, ha sido desde la niñez un apasionado adepto de este evangelio

que le fue predicado por su padre y, después, por su padrino Tissot. Al mismo tiempo, ellos le inculcaron la no menos fervorosa doctrina del antisocialismo.

—El bien es patria y ejército —dice Jeanmaire—. El mal, antimilitarismo y socialismo.



Jeanmaire a la derecha con su padrino, Édouard Tissot, durante una excursión a las montañas en 1933.

Pero la pequeña ciudad de Biel no compartía la visión reaccionaria de Tissot, el coronel Jeanmaire y su hijo. La mayoría de sus habitantes eran trabajadores. Cuando los obreros del ferrocarril marcharon en apoyo de la huelga de noviembre de 1918 (en los días que Jeanmaire presenció el vuelco del tren), el ejército los dispersó sin contemplaciones, cargando contra los manifestantes y matando a uno de un disparo. Pero la respuesta del padre de Jeanmaire y sus camaradas, dice, fue reclutar a un contingente de estudiantes de las escuelas técnicas para mantener en funcionamiento las centrales de gas y electricidad y armar a la burguesía contra la chusma. Es interesante señalar que las crónicas locales no atribuyen tal papel al padre de Jeanmaire, sino que señalan que la huelga fue rota con la importación de mano de obra italiana. Pero cualquiera que fuera la parte que tuviera su padre en el conflicto, su talante conservador no facilitó las cosas al pequeño Jeanmaire cuando éste empezó a ir a la escuela. Desde el principio, los castigos corporales de los maestros, con varas y cámaras de neumático, fueron su pan de cada día. Cuando se rebelaba, el pequeño Jeanmaire era atado al banco.

—Yo era el más bajo pero no el más tonto —dice con amargura.

En su lugar, otros habrían aprendido a guardarse sus opiniones o adoptado prudentemente las de sus opresores. Pero Jeanmaire, no. Él siempre tenía que decir lo que pensaba y, cuando de desafiar lo que él consideraba la hipocresía imperante se trataba, alzaba la voz más que nunca. Tanto en el colegio como después, aprendió a regirse por su propio criterio, y atacaba la mediocridad dondequiera que la encontrara, ya estuviera por encima o por debajo de él en la escala social.
Y esta actitud observó durante toda su vida: estudios de arquitectura, a los que se lanzó con resultados impresionantes, alistamiento y carrera de oficial instructor de infantería, arma elegida por orden del padrino Tissot, quien dijo a Jeanmaire que, si se hacía de artillería, no volvería a dirigirle la palabra.
En un principio, la carrera de Jeanmaire marchó bien. En 1937, después del período de prueba habitual, fue nombrado instructor, tres años después, capitán y, al cabo de otros siete, fue ascendido a comandante. Durante la Segunda Guerra Mundial, estuvo destinado en el Simplón y en el cantón del Valais y, en 1956, fue nombrado teniente coronel y recibió el mando de su primer regimiento.
No obstante, durante su progresiva ascensión, no le abandonaba la fama de bocazas. Así puede leerse en su hoja de servicios que, por lo demás, traza un perfil halagüeño: Jeanmaire era «inteligente y activo» pero «hablaba demasiado y con precipitación». En su labor de instructor de infantería, incurría en «faltas de respeto y disputas con sus superiores». Estaba «cualificado técnicamente pero no personalmente» para dirigir una escuela de instrucción. En una ocasión, en 1952, estuvo arrestado ocho días «por insultos a oficiales de un batallón a su mando» durante unas maniobras (aunque, según él, lo único que hizo fue echar una bronca a un diputado por no llevar casco y llamar hijo de puta a un ametrallador que estuvo a punto de abatir a un grupo de espectadores).
Cierto, Jeanmaire tenía sus partidarios, aunque los elogios estaban algo atenuados por la descripción parcial que el ejército hacía de sus defectos. Para algunos de sus superiores era un oficial competente, un modelo para sus hombres, enérgico y simpático. No obstante, la impresión que permanece es la de un hombre impaciente con la estupidez que se siente oprimido por las limitaciones de su rango y ámbito profesional. En el mejor de los casos, es como un Li Kuan Yu suizo en miniatura, que pugna por expresar grandes visiones en un país demasiado pequeño para contenerlas.
Los acusadores de Jeanmaire tenían buenas razones para restar méritos a su carrera militar, porque no encontraban el móvil. No dejaron piedra sin remover, buscando las treinta monedas de plata, pero no encontraron más que un puñado de calderilla. Y ni el más implacable de los enemigos de Jeanmaire podía atribuirle un secreto filocomunismo.
De manera que, finalmente, toman el traslado de Jeanmaire a la Defensa Aérea en 1956 como el momento de su desvío; además, en 1962, fue postergado en el nombramiento de jefe de la Defensa Aérea y Servicios Territoriales y tuvo que

esperar el ascenso otros siete años. Para entonces, las dos jefaturas habían sido escindidas y Jeanmaire sólo recibió la de Defensa Aérea.
Jeanmaire, se argumentaba, estaba «decepcionado y traumatizado», primero por haber tenido que abandonar la gloriosa infantería por los poco estimados pastos de la Defensa Aérea y, después, por ver ascendido a un inferior en el escalafón. Jeanmaire lo niega rotundamente, quizá demasiado rotundamente. Él insiste en que el ejército siempre lo trató bien: tenía una alta graduación y estaba en la lista de invitados de Berna para los actos oficiales del cuerpo diplomático, y, en 1969, cuando finalmente, llegó a brigadier, también consiguió su apartamento en Berna.
Y tenía una esposa, de la que todavía habla poco, salvo para decir que era paradigma de lealtad y que le fue fiel hasta el fin; y que era hermosa, lo cual es verdad; y que todos los días enciende una vela en su memoria.

El ejército es para Jeanmaire lo más importante. Incluso hoy. Incluso cuando se encontraba en el pozo más profundo de su infortunio, su fe en él seguía viva. Estaba en la cárcel, aguardando juicio cuando, el 7 de octubre de 1976, Kurt Furgler, ministro de Justicia de la Confederación Helvética, se levantó en el Parlamento para denunciar la «traición» de Jeanmaire, su «actuación deshonrosa» y su revelación de «documentos del más estricto secreto relacionados con los planes de movilización en caso de guerra». Al día siguiente, *Blick*, el más estridente periódico sensacionalista de Suiza, calificaba a Jeanmaire de «traidor del siglo» en grandes titulares y publicaba en primera plana sendas fotografías del malhechor y de su acusador. Tres meses después, Rudolf Gnägi, presidente de la Confederación, durante un mitin de su propio partido, confesó su profunda decepción porque «actos tan bajos pudieran ser cometidos por un militar de tan alta graduación» y exigió para él «todo el peso de la ley». En ciertos países occidentales, estas palabras hubieran hecho imposible un juicio, pero Suiza no es uno de ellos. Los suizos pueden haber firmado la Declaración Europea de los Derechos del Hombre pero no tienen una ley que prohíba prejuzgar en público a las personas que aguardan juicio. Furgler denunció también a la esposa de Jeanmaire, manifestando que ella tenía conocimiento de la traición de su marido y que durante los primeros años le había ayudado. (Finalmente, se retiraron los cargos contra Frau Jeanmaire.) La Compañía de Seguros Winterthur a la que los Jeanmaire tenían arrendado su apartamento, también prefirió no esperar el veredicto del consejo de guerra para desahuciarlos y dejó a la esposa en la calle.

Pero, entre todas aquellas humillaciones calculadas, lo que más le dolió, y sigue doliéndole esta noche, es que su amado ejército, también antes del juicio, le retirara la pensión «a perpetuidad». La razón, según un prestigioso periódico del momento, fue la *Volkszorn*, la indignación popular. «Nuestras oficinas eran objeto de la presión de

ciudadanos indignados. Una avalancha de cartas exigía que no se pagara a Jeanmaire ni un céntimo más», explicó un portavoz del Fondo de Pensiones federal.
Durante un momento, parece que los pálidos ojos de niño van a atreverse a llorar sin su permiso. Se llenan de lágrimas, van a desbordarse, pero el viejo soldado sigue hablando bruscamente y las lágrimas no se atreven a caer.
—Eso fue un crimen inaudito —dice.

—¡En la cárcel, nunca fui un esclavo, pero obedecía! — declara Jeanmaire, apresurándose una vez más a salir en defensa de viejos amigos—. ¡No, no, mis compañeros de cárcel eran buena gente! ¡Jamás tuve problemas con ellos! Nunca se me echó en cara ni se me insultó por lo que se decía que había hecho. ¡Nunca me sentí amenazado por un preso! Yo siempre procuraba advertir a los jóvenes de los peligros de la prisión. Era para ellos como un padre.

Sentados a su mesita, comiendo su *fondue,* somos como dos compañeros de celda que, a la luz de una vela, comparten las provisiones escondidas.
Habla del primer trauma del encarcelamiento: los terribles primeros días y noches.
—Me quitaron el reloj. Pensaban que podía utilizarlo para suicidarme. Es terrible estar aislado sin reloj. Un reloj imprime ritmo a tus días. Cuando estás en libertad, acudes al teléfono, al lavabo, a la cocina, a la librería, al jardín, al café, a la mujer. El reloj te da la pauta. En la cárcel, sin reloj, estos instintos se confunden clamorosamente en tu cabeza, aunque no puedas satisfacerlos siempre. Son la libertad. Un reloj es libertad.
Pero la cordura de Jeanmaire, a pesar de los duros ataques sufridos, parece tan prístina como los bruñidos platos de acero que él conserva de la cárcel. Tiene una memoria extraordinaria para fechas, lugares y conversaciones. Fue interrogado durante meses por una colección de profesionales: policías, abogados y personajes del submundo del espionaje. Fue interrogado en el hospital penitenciario, en el que pudo ser su lecho de muerte. Desde su puesta en libertad, ha concedido entrevistas a la televisión, a la prensa escrita y al creciente número de hombres y mujeres de la vida pública suiza que empiezan a convenir con él en que ha sido víctima de una gran injusticia.
Hay evasivas, desde luego. Te salen al paso como franjas de niebla en una carretera por lo demás despejada: deliberadas ambigüedades para exculparse a sí mismo o a terceras personas. Por ejemplo, cuando abordas el delicado tema de la aventura de su esposa con Denissenko: ¿cuándo empezó, por favor? ¿Cuánto duró, por favor? ¿Cuándo se enteró él y cómo influyó ello en su colaboración? Por ejemplo, el número de encuentros que tuvo con sus sucesivos contactos soviéticos y, concretamente, ¿qué informes o documentos se pasaron en tal o cual ocasión?

Entiéndase que no hablamos del descubrimiento de la bomba H, sino de cómo reaccionaría el pueblo suizo a la improbable visión de una fuerza invasora de tanques soviéticos que avanzara retumbando por la Bahnhofstrasse de Zúrich.
Lo más difícil es determinar en qué medida advertía Jeanmaire (tenía conocimiento, dicen los espías) que iba deslizándose por la fatal pendiente de la colaboración. Porque no se trata simplemente de si se engañaba a sí mismo en el momento de los hechos, sino que hay que tomar en consideración quince años de ulterior justificación y reconstrucción, doce de ellos en la cárcel, donde los hombres tienen poco que hacer salvo revivir y, en ocasiones, volver a escribir, su historia.
No obstante, la historia de Jeanmaire tiene una inmutabilidad en el detalle extraordinario en un relato repetido tantas veces. Jeanmaire lo atribuye a la disciplina de su formación militar. Pero lo más probable parece ser que él fuera la más rara de todas las criaturas de Dios: un espía que, ni aun con su mayor empeño, sabe engañar.



Jeanmaire, recién ascendido a comandante, en 1943.

Durante los interrogatorios, Jeanmaire fue un completo desastre; las torturas del encarcelamiento repentino obraron rápida y prodigiosamente en un espíritu tan pugnaz y extravertido.

—Había momentos en los que, si se me hubiera acusado de dar siete puñaladas a mi esposa, yo habría dicho: «No, no; fueron *ocho.*» Una y otra vez me prometían la libertad. «Confiese esto y esta misma noche estará libre.» Y yo lo confesaba. Confesé más de lo que había hecho.» Cuando te encierran en una celda, lo primero que haces es rebelarte contra ti mismo. Te maldices y te consideras un imbécil. Te echas toda la culpa. Tratas de protegerte, luego cedes y por fin te sientes culpable. Por ejemplo, yo me sentía culpable incluso de haber hablado con rusos. Me culpaba de haberlos *tratado* siquiera, a pesar de que era mi trabajo. Después llegó el optimismo de que el tribunal descubriría la verdad. Ellos me animaban a creerlo así. Yo mismo había sido juez en cincuenta juicios. Yo creía en la justicia militar. Todavía creo. Pero lo que hicieron conmigo fue una carnicería.
Ya no es el único que lo cree así. Hoy, los que hace quince años quemaban brujas empiezan a sentir rubor. Un tardío afán de equidad que, en Suiza como en otras democracias, a veces surge al percibirse un exceso judicial, exige satisfacción. Una Suiza más joven pide mayor apertura. Una prensa cada vez más franca, una serie de

escándalos en la Banca y el Gobierno, denominados globalmente «caso Kopp» después de que la primera mujer consejera del Gobierno y ministra de Justicia cayera en desgracia por advertir a su marido, abogado, que podía verse implicado en un caso de blanqueo de dinero que investigaba el Gobierno…, todo ello golpea con fuerza en las puertas del secreto oficial.

Los nuevos hombres y mujeres están hartos de las tramas del poder extraoficial y, de pronto, el público fija su atención en la más impalpable de ellas: la del servicio secreto suizo. No es Jeanmaire sino los «agentes de Berna» y las agencias del espionaje profesional los que ahora son acusados de vender secretos, de espiar a inofensivos ciudadanos, de mantener un número de fichas que sonrojaría a un país cinco veces mayor que Suiza y de fantasear sobre enemigos inexistentes.



Albert Bachmann, de la Organización Bachmann.

Y cuando en las decorosas calles de Berna resuenan juveniles gritos de protesta reclamando *glasnost*, paradójicamente, es la figura de Jeanmaire, el ultraconservador y militarista, el hombre que durante mucho tiempo aborreció la algarada popular, la que ahora se une a ellos en espíritu, no como «el traidor del siglo» sino como un Dreyfus moderno y un tanto apolillado, chivo expiatorio utilizado por funcionarios venales para tapar su propia traición. Dentro de unas semanas sabrá si se le concede la revisión de su caso.

De todos modos, cualquiera que sea el resultado final, la historia de Jean-Louis Jeanmaire será absolutamente extraordinaria: tragicomedia de costumbres suizas militares y sociales; ejemplo de ingenuidad casi increíble y cuento aleccionador del inocente rodeado de agentes profesionales. Porque Jeanmaire, según la letra de la ley, fue un espía. Él fue inducido, aunque fuera él su propio inductor. Él pasó documentos reservados a diplomáticos militares soviéticos sin conocimiento ni autorización de sus superiores, aunque fueran de escaso valor aparente para un enemigo. Él recibió recompensas por su trabajo, aunque fueran triviales, y aunque la única satisfacción real fuera para su ego. Inmaduro lo era, desde luego, y crédulo, en grado sumo. Pero no era un niño cuando fue reclutado, era todo un coronel, con treinta años de carrera a la espalda.

Por lo tanto, aquí se trata no tanto de la culpabilidad de Jeanmaire ante la ley como del precio que pueda haber pagado por delitos que, sencillamente, no pudo cometer. Y observamos que una combinación de casualidad, inocencia y arrogante vanidad precipitó la maquinaria imparable de la destrucción de un hombre.

—Mis dos crímenes fueron éstos —dice Jeanmaire ásperamente abriendo sus finos dedos para contarlos, mientras otra vez fija la mirada en la pared, a mi espalda—: Uno, debilidad de carácter. Dos, haber sido juez militar. Y nada más.

Pero no cuenta los peores de sus crímenes: una credulidad luminosa e infinita y un incurable afecto hacia el prójimo que nunca podía corresponderle con todo el amor que él creía merecer.

Describir el noviazgo y matrimonio de Jeanmaire es maravillarse una vez más ante la cruel retahíla de coincidencias que condujo a su destrucción. Porque una cosa es segura: si, en junio de 1942, Jeanmaire no se enamora como un colegial de una tal Marie-Louise Burtscher, nacida en Theodosia, Rusia, el 12 de octubre de 1916, ni se casa con ella al año siguiente, ahora disfrutaría de un honroso retiro.

La conoció en el tren, durante un viaje de Berna a Friburgo. Ella entró en el compartimento y se sentó.

—¡Fue el flechazo! — Charlaron. Él, del ejército; otra cosa no se le ocurría. Ella dijo que trabajaba de secretaria en la burocracia de Berna; sí, podía invitarla a cenar. El miércoles siguiente, él la llevó al Restaurant du Théâtre de Berna y, naturalmente, iba de uniforme—. Así empezó el gran amor. No me arrepiento. Ella fue una camarada buena, dulce y muy querida.

«Camarada» es la palabra que utiliza repetidamente al hablar de ella. Pero fue el pasado de Marie-Louise Burtscher, no su camaradería, lo que, accidentalmente, se convirtió en el instrumento de la destrucción de Jeanmaire. Ella era hija de un profesor de idiomas suizo que, cuando estalló la Revolución, se encontraba trabajando en Theodosia. Y, en 1919, la familia fue expulsada por los bolcheviques y llegó a Suiza sin un céntimo. El profesor pasó los últimos años de su vida trabajando de traductor y ya había muerto cuando Jeanmaire conoció a Marie-Louise.

Pero Juliette, la madre de Marie-Louise, sobrevivió y llegó a ejercer en Jeanmaire una influencia perdurable, al parecer, casi mayor que la de su hija. Jeanmaire no sólo se hizo cargo de su manutención sino que pasaba mucho tiempo en su compañía. Y Juliette hablaba, incesante y entusiásticamente, de la vieja Rusia de los zares. Los bolcheviques eran unos bárbaros, decía, y la habían echado de su casa. Pero los bolcheviques no eran los verdaderos rusos.

—Los verdaderos rusos son la gente del campo —decía a Jeanmaire una y otra vez—. Son granjeros, campesinos, un pueblo inteligente, culto y muy piadoso. Mi mayor deseo es volver a Rusia y ser enterrada allí.

Así, pues, por pura casualidad, Juliette se convirtió en otro de los mentores de Jeanmaire, y ocupó un lugar junto al padre y el padrino Tissot. Y sus fatídicas enseñanzas hicieron germinar en él un romántico amor a la Madre Rusia y aumentaron, si ello era posible, su odio a los bolcheviques rapaces, tanto de Biel como de Theodosia.
—Juliette amaba a Rusia con toda su alma —dice Jeanmaire devotamente. Y no es difícil imaginar que, como ocurría siempre que descubría a un mentor, él se esforzaba por seguir su ejemplo.

La pareja se casó en Lausana y, tras varios traslados de Jeanmaire, allí se instalaron definitivamente. En 1947, Marie-Louise tuvo un hijo, Jean—Marc, que actualmente trabaja en un Banco de Ginebra. A cambio de su manutención, Juliette hacía compañía a su hija en ausencia de Jeanmaire y la ayudaba a cuidar del niño. Los esposos pasaban juntos una tercera parte del año; durante el resto del tiempo, Jeanmaire estaba en el ejército.

—Mi mujer no intrigaba ni era vanidosa. Se le notaba que de pequeña había sufrido privaciones. No tenía amigas. Era una mujer que se encontraba a gusto en su propia compañía. Leía mucho, paseaba, y era buena anfitriona. — Y él vuelve a utilizar la palabra, esta vez más explícitamente—: Era más camarada que esposa.
Y eso es todo lo que dice de ella, salvo que su abogado le ha advertido que no diga más, y que él, Jeanmaire, no sabe por qué. De todos modos, es suficiente para preparar la entrada en escena del coronel Vassili Denissenko.

Estamos en abril de 1959, en el hermoso Brissago, en la Suiza italiana, y las Tropas de Protección Aérea del ejército suizo están haciendo una demostración bajo la competente dirección del coronel Jeanmaire. Todos los agregados militares extranjeros en Berna han sido invitados y la mayoría han acudido.

El punto culminante de la demostración, como es tradicional en estos ejercicios, llega al final. Para conseguir un efecto espectacular, Jeanmaire ha preparado un ingenioso simulacro, la explosión controlada de una casa en la orilla del lago. El proyectil hace impacto, la casa se desintegra, se levantan llamaradas, todos sus ocupantes deben de haber muerto. ¡Pero no! En un abrir y cerrar de ojos, aparecen camilleros que rescatan a los heridos, quemados y ensangrentados, y los llevan rápidamente al hospital de campaña.
El ejercicio se realiza espléndidamente. Al amparo del humo, Jeanmaire introduce a los «heridos» que estaban en el agua, a buen recaudo, y ellos se tienden en las camillas y son «rescatados» desde el otro lado de la casa. El efecto no puede ser más

real. Los distinguidos invitados aplauden, mientras Jeanmaire informa formalmente a su superior de que la demostración ha terminado. A continuación, el coronel Vassili Denissenko, de la Embajada soviética en Berna, pronuncia un breve discurso de agradecimiento y admiración, en nombre propio y de sus colegas. Porque Denissenko, aunque lleva poco tiempo en Suiza, hoy, por un capricho del protocolo, es el decano de los agregados militares destacados en Berna. Terminado el discurso, se vuelve hacia Jeanmaire y, delante de todo el mundo, entre bromas y veras, le hace una pregunta muy rusa:

—Dígame, coronel, ¿cuántos muertos le han concedido para esta demostración?

La respuesta de Jeanmaire, según su propia versión, no fue muy diplomática:

—Aquí no vivimos en una dictadura, como ustedes, en Rusia. Estamos en la democrática Suiza y la respuesta a su pregunta es: «Ninguno.» No puedo permitirme ni un solo herido.



Marie-Louise Burtscher antes de conocer a Jeanmaire. El hombre de uniforme fue su primer novio.

Denissenko no hace más comentarios y los asistentes se trasladan a Ponte Brolla, para el almuerzo, durante el cual Jeanmaire, todavía eufórico por el éxito, se encuentra sentado al lado de Denissenko, por imperativo del protocolo. Así refiere Jeanmaire el comienzo de su conversación:

—Para que no se llame a engaño, coronel —arranca Jeanmaire—, le diré que los soviets no me gustan. ¡Desde luego, nada tengo contra usted personalmente, ya que

nada puede hacer para remediar el caos que los rusos han provocado en el mundo, tanto en la Segunda Guerra Mundial como en la Revolución bolchevique!
Denissenko pregunta a Jeanmaire el porqué de su odio a los rusos.
—Es por mis suegros —responde Jeanmaire, ya lanzado—. Fueron expulsados de Rusia en 1919 y tuvieron que huir a Suiza. Llegaron sin un céntimo. En consecuencia, yo he tenido que mantenerlos.
A lo que Denissenko responde, espontáneamente según Jeanmaire:
—Eso es terrible. Yo no transijo con estas cosas. No confunda usted a los rusos con los bolcheviques. Los bolcheviques son unos bandidos.
Al momento, Jeanmaire recuerda los relatos de su difunta madre política.
—En aquel instante reconocí en él al oficial zarista —recuerda simplemente.
Y acaso también Denissenko reconociera a alguien en Jeanmaire, porque al poco rato vuelve sobre la injusticia cometida con los padres políticos de Jeanmaire:
—Son abusos que deberían remediarse —dice—. Habría que devolver la propiedad. Y usted tendría que recibir una compensación.
Pero Jeanmaire persiste en el ataque.
—¿Y qué me dice de las atrocidades que se cometieron en Budapest hace tres años? — pregunta refiriéndose al aplastamiento de la sublevación húngara.
Nuevamente, Denissenko se apresura a manifestar su antipatía hacia los bolcheviques.
—Estoy de acuerdo con usted en un ciento por ciento. Y le diré más, si me lo permite. En 1966 vendrá a Berna, en calidad de agregado militar, un oficial ruso con el que no debe tener el menor contacto. Es el hombre que organizó todo lo de Budapest.
De este modo, dice Jeanmaire, Denissenko le previno contra un tal Zapienko que, efectivamente, llegó a Berna en 1966 y cuyo trato Jeanmaire rehuyó, tal como le recomendara Deni.

Por lo que se refiere a habilidad en el oficio de espía, el oficial de caballería Denissenko había hecho una primera maniobra impecable. Se había presentado como un anticomunista. Había insinuado la posibilidad de que Jeanmaire recibiera dinero ruso. Había dejado la puerta abierta para futuros contactos. Y, al prevenirle contra Zapienko, le hacía contraer una deuda moral y le situaba en la obligación de corresponder con un favor o confidencia. Sin embargo, aún hoy, Jeanmaire, parece incapaz de creer que los actos de Denissenko fueran algo más que los movimientos clásicos de un buen oficial del servicio secreto.

—Él no hurgaba. No hablaba con doble sentido —insiste—. Era correcto en todos los aspectos. Tenía gran admiración por el ejército suizo.
Terminada la reunión, Jeanmaire corrió a casa, para dar la noticia a su esposa. Sus palabras, que ahora repite, son como el encendido elogio del joven enamorado

hablando con su madre:
—¡Encarna todo lo que amaba tu madre! ¡Un auténtico oficial zarista de los mejores! ¡Lástima que ella no esté aquí para conocerle!
Jeanmaire estaba tan entusiasmado con Denissenko que se empeñó en que Marie-Louise lo acompañara a una recepción diplomática británica que se celebró al mes siguiente en el Hotel Schweizerhof de Berna, para que pudiera conocer al ruso. Ella fue y Jeanmaire se apresuró a presentarla a su descubrimiento. Denissenko preguntó a Marie-Louise, en ruso, si ella hablaba esta lengua. Ella entendió la pregunta y respondió que no. A partir de entonces hablaron en alemán.
—Vio en él a alguien que había nacido en Rusia, lo mismo que ella —dice Jeanmaire para explicar la buena impresión que aquel primer encuentro produjo en su esposa. Y agrega—: Quién sabe lo que pasa por la cabeza de una mujer. Por lo demás no ocurrió nada.
Al hablar de su esposa en estos términos, Jeanmaire, una vez más, se muestra reticente, cauto. Aquí tiene que haber otra historia, pero él no la cuenta, por lo menos, a mí y, quizá, ni siquiera a sí mismo.



La única fotografía que se conoce de Marie-Louise Jeanmaire y Vassily Denissenko, en el balcón de los Jeanmaire.

Durante aquel año, Jeanmaire y Denissenko coincidieron en varias recepciones. Marie-Louise, según Jeanmaire, sólo fue a una. Algunas veces, estaba presente la esposa de Denissenko, a la que Jeanmaire describe como una mujer agradable, llenita y no muy bonita, una *babushka* en ciernes. Pero, indudablemente, el eje estaba entre los hombres:

—Deni era un hombre de trato interesante y se sentía en deuda conmigo por la injusticia cometida con mis suegros. Quizás, en el fondo de su pensamiento, estuviera mi esposa. No sé. Por aquel entonces no había sucedido nada. — Y es la segunda vez que Jeanmaire me asegura que, hasta el momento, entre Deni y Marie-Louise no había habido nada. Cómo lo sabía, me pregunto, a no ser que tuviera buenas razones. ¿*Cuándo* hubo algo? ¿Lo supo él?
En una de aquellas ocasiones, Denissenko propuso un almuerzo. Jeanmaire dice que cuando él informó de esto previamente a su brigadier, como hizo a lo largo de todas sus relaciones con los rusos, el brigadier le deseó *bon appétit.*

Los dos hombres, en el Mercedes de Denissenko y por sugerencia de éste, fueron al Hotel Kreuz de Belp, en las afueras de Berna. Durante el almuerzo, Denissenko habló primero de la batalla de Stalingrado, en la que combatió en calidad de capitán de Aviación. Se explayó en los horrores y el heroísmo de la guerra. Jeanmaire, el soldado suizo, estaba electrizado por esta experiencia indirecta de uno de los grandes sitios de la Historia. La conversación derivó hacia la construcción de la nueva *Autobahn* Ginebra—Lausana por Morges y a la posible utilización de los túneles como refugios en caso de bombardeo atómico. Jeanmaire quedó impresionado por el perfecto conocimiento que Denissenko tenía de la región de Morges. Denissenko no bebía licor, y vino, muy poco, por el corazón, dijo. Jeanmaire bebía con más liberalidad, aunque no con exceso. Este es un estribillo que se repite durante todo el relato de Jeanmaire. Durante el año siguiente, hubo otros encuentros, pero no fue sino dos años después de las maniobras de Brissago cuando los Jeanmaire invitaron a cenar a Denissenko, como siempre, dice Jeanmaire, previa aprobación de sus superiores.



En el balcón del apartamento de los Jeanmaire, a últimos de mayo de 1964. Marie-Louise aparece a la izquierda y la esposa de Vassily Denissenko, a la derecha.

Denissenko llegó en un coche con chófer, radiante de emoción. Era el 13 de abril de 1961. La víspera, Gagarin se había convertido en el primer hombre que había dado la vuelta a la Tierra en una nave espacial. Jeanmaire no estaba menos eufórico que Deni. A diferencia del Pentágono, al que la noticia había dado dentera, al parecer, Jeanmaire se sentía encantado por el triunfo ruso. Se fueron todos a cenar a Savigny, en las afueras de Lausanna, y pasaron la velada hablando de la carrera espacial. Entró en el restaurante el jefe de policía local que, a instancias de Jeanmaire, tomó una copa con ellos. Por principio, Jeanmaire siempre pagaba su propio gasto cuando salía con agregados extranjeros, y aquella noche lo pagó también. Después de cenar, se fueron todos al Tabaris, un night—club de Lausana, en el que Jeanmaire presentó a Denissenko a la directora.

—Yo estaba orgulloso de poder mostrarme en público con aquel hombre. Tenía buena presencia, vestía bien (íbamos de paisano), con ropa discreta pero escogida. Era un Gorbachov. Hoy, cuando pienso en Denissenko, veo a Gorbachov. Yo viví la *glasnost* con veinticinco años de anticipación.

Jeanmaire recuerda que Denissenko bailó con Marie-Louise. En atención al corazón de Denissenko, se bebía con moderación, insiste. De todos modos, fue una noche larga y divertida y, ahora al mirar atrás, parece sorprendente que Denissenko, el profesional del GRU, no tratara de repetirla en meses sucesivos. Si pretendía atraer a Jeanmaire a una asociación clandestina, no parecía tener prisa.

Hay varias explicaciones de esta aparente desgana de Denissenko por convertir a Jeanmaire en fuente secreta de información. La primera es que, después de examinar de cerca a su hombre, decidiera, con razón, que Jeanmaire, sencillamente, no sabía lo suficiente como para que valiera la pena tomarlo en consideración como fuente informativa para el presente ni como enlace hacia un mejor objetivo en el futuro. Era evidente que, a fin de cuentas, Jeanmaire se acercaba a su techo profesional y, desde el punto de vista de las prioridades del servicio secreto soviético, éste no era muy atrayente. Desde luego, en las impenetrables marismas de la mentalidad del espionaje soviético, puede haber otras razones. No se podía abordar a un recluta potencial de la índole de Jeanmaire sin órdenes expresas de Moscú. Incluso en el GRU, que en profesionalidad y sofisticación nunca pudo medirse con la KGB, la elección de restaurante, la asignación de dinero para gastos y hasta los temas de conversación de la noche estaban determinados por los jefes de Denissenko en Moscú.

Y no cabe duda de que cualquier paso dirigido a pasar a Jeanmaire del *status* de colaborador «legal» al de «ilegal» tenía que estar precedido de un minucioso análisis de los riesgos y méritos. ¿Es una trampa?, se preguntarían en largas sesiones de evaluación. Un hombre tan servicial tenía que parecerlo, desde luego. ¿Es una provocación para conseguir la expulsión de Denissenko o turbar las relaciones soviético—suizas? ¿Quiere dinero? En tal caso, ¿por qué se empeña en pagar su propio gasto? Y, si no, ¿qué es lo que motiva a este anticomunista acérrimo? Al parecer, el astuto Denissenko no había detectado en Jeanmaire esos sentimientos de venganza hacia sus superiores de los que tanto se habló en el proceso.
Y, quizás, a causa de lo delicado de la situación diplomática, el GRU incluso pudo tragarse el orgullo y pedir consejo a la KGB que recomendó precaución y sosiego. O tal vez la KGB hizo otra recomendación, por ejemplo: «Mantened a Jeanmaire en juego, pero sin precipitarse. Quizás un día tengamos que cebarlo para el sacrificio.» Lo cierto es que, durante varios meses, Denissenko no hizo ningún movimiento hacia Jeanmaire. Pasaba mucho tiempo en Moscú, supuestamente por motivos de salud y, sin duda, con sus colegas del Cuartel General, debía de tratar de los cuidados a dedicar al cultivo de Jeanmaire; ello, a pesar de que éste no debía de tener una alta valoración en la lista de la compra de Moscú.


Jeanmaire con el general norteamericano Westmoreland en Suiza, en 1969.

En marzo de 1963, Denissenko y los Jeanmaire volvieron a reunirse, también para cenar, y en esta ocasión el tema de conversación fue un ejercicio militar suizo que se había realizado semanas antes. Entre los dos hombres se produjo una amistosa discusión. Denissenko, que parecía estar excelentemente informado, insistía en que los planes militares suizos dependían en gran medida de la ayuda de la OTAN. Jeanmaire, siempre el paladín de la neutralidad suiza, lo negaba enérgicamente y, a fin de demostrar que la integridad suiza seguía intacta, dice, ofreció enseñar a Denissenko el plan de organización del Estado Mayor y las tropas, a escala de cuerpo y de división, donde se observaría claramente que el ejército no tenía con la OTAN relación alguna de la índole que sospechaba Denissenko. Desde luego, tal relación existía, y hubiera sido estúpido no mantenerla, pero oficialmente se negaba. Y Jeanmaire lo sabía, pero el plan de organización no lo revelaba. Por lo tanto, irónicamente, en este caso, lo que Jeanmaire ofrecía a Denissenko no eran argumentos de disuasión sino desinformación militar suiza.

Pero, al parecer, Denissenko no tomó la palabra a Jeanmaire. ¿Por qué no? ¿Muy arriesgado? ¿O, sencillamente, había recibido de Moscú la orden de dejarlo?
Pero, tres meses después, Jeanmaire se tropezó con Denissenko en un cóctel del agregado militar austríaco y le invitó a su apartamento de Lausana. Tres días después, Denissenko y Jeanmaire comían en el buffet de la estación de Lausana en compañía de Marie-Louise y después iban al apartamento de Jeanmaire, donde éste le entregó una fotocopia que había sacado del documento prometido, o de parte de él.
El documento estaba clasificado «únicamente para uso del servicio», lo que en Inglaterra llamaríamos «confidencial». Si la clasificación estaba justificada es algo que carece de importancia. Jeanmaire sabía que era información confidencial, sabía lo que hacía y por quién lo hacía. Tal vez fue un caso pequeño, pero en aquel momento él cruzó la raya. En todo relato del camino de un hombre hacia el espionaje, hacia el crimen o hacia el adulterio hay siempre un momento crucial que se destaca de los demás como el punto de inflexión. Éste fue el de Jeanmaire.


Marie-Louise Jeanmaire.

—Sólo le di dos páginas, no todo el documento —dice. No importa. Un coronel suizo, voluntariamente y sin autorización, había entregado un documento reservado al agregado militar soviético y residente del GRU en Berna.

Y la noche no había hecho más que empezar. Jeanmaire parece haberse lanzado a un vórtice de imprudente generosidad. Últimamente, se había hecho un ensayo de los planes de movilización suizos. Ahora a Jeanmaire le dio por jactarse de que, ante una invasión soviética, la resistencia suiza sería más feroz de lo que podía prever el Kremlin. Mostró a Denissenko sus armas personales, incluido un nuevo rifle semiautomático. Lo llevó al balcón y señaló las casas de los alrededores. Lo explica muy colorado y excitado y así le veo yo en el balcón, aquella noche.

—Si vuestros paracaidistas saltan sobre esa pista de tenis, toda la gente de por aquí disparará contra ellos —advirtió a Denissenko—. Olvídese de las órdenes. Nadie va a esperarlas. Dispararán.

Sacó el *Manual de Movilización* que se entrega a todos los jefes de compañía suizos. Él lo tenía en casa casualmente, dice, porque preparaba una conferencia que pensaba dar en Ginebra. Estaba clasificado de «secreto». Había subido el envite.

¿Quién llevaba la iniciativa? Según Jeanmaire, Denissenko le pidió prestado el manual, prometiendo devolvérselo al día siguiente, y Jeanmaire se lo dio. ¡Como si importara quién fue el instigador!

—De todos modos, el manual era de dominio público —agrega despectivamente—. Todo el mundo conocía su contenido. — Pero no es esto lo que, según el acta oficial, él dijo al juez militar el 23 de noviembre de 1976: «Él [Denissenko] insistió con vehemencia en que le diera estos documentos. Desgraciadamente, yo accedí, por debilidad y de este modo introduje la mano en una trampa de la que no podría sacarla. Desde aquel momento, los rusos pudieron coaccionarme con la amenaza de informar a mis superiores. Aquel mismo día dije a mi esposa que había cometido el mayor error de mi vida.»

Pero ahora Jeanmaire niega haber dicho esto.

Y Marie-Louise, ¿qué respondió a Jeanmaire? Al parecer, casi nada. Jeanmaire admite que, cuando Denissenko se fue, tuvo remordimientos y confió a su esposa su

ansiedad: «¡Ah, *merde*, el lunes iré a verle y lo recuperaré!» Pero, según Jeanmaire, Marie-Louise se limitó a observar que lo hecho, hecho estaba.
—Ella no tenía la sensación de que hubiera ocurrido algo malo.
Y, todavía la misma noche de desenfreno, Jeanmaire mostró a Denissenko partes de otro documento reservado sobre la requisa de bienes en caso de guerra; por ejemplo, la incautación de medios de transporte civiles para el traslado de tropas territoriales. De este documento no quiso desprenderse, pero hizo una lista de las páginas relativas a sus conversaciones sobre la «disuasión». Uno o dos días después, en su despacho, sacó fotocopias de estas páginas, con el pretexto de que las necesitaba para impartir un cursillo contra ataques aéreos. Por lo tanto, una mentira, una mentira palpable, constructiva, dicha a los suyos a fin de favorecer al supuesto enemigo de su pueblo. ¿Porqué?
Y, la noche del 9 de julio, entregó a Denissenko las páginas robadas. Un acto criminal. Fue también en aquella ocasión cuando, en presencia de Denissenko, Marie-Louise mostró orgullosamente a su marido una pulsera que, dijo, Denissenko le había regalado en un momento en que Jeanmaire había salido de la habitación.
—Cuando volví, mi mujer dijo con verdadero cariño: «Mira qué pulsera tan bonita me ha regalado Herr Denissenko.» Yo dije: «Bravo.» No pensé sino que era un bonito detalle de Denissenko. Si me la hubiera enseñado sin que él estuviera delante, tal vez habría sospechado. Hoy sé que se la regaló en otro momento. Fue una prenda de amor y no tenía absolutamente nada que ver con la traición a la patria.
La prenda de amor de Denissenko valía cuatrocientos francos suizos, dice Jeanmaire. Cuando, después, vuelve a referirse a la pulsera, aumenta su valor a mil doscientos francos. En cualquier caso, una ganga, comparado con el regalo que le hizo Jeanmaire. La noche terminó con otra visita a Savigny para celebrarlo con una copa. Cuesta trabajo imaginar qué creían estar celebrando ellos tres. La pulsera de Denissenko que brillaba en la muñeca de Marie-Louise era como una bala que Jeanmaire se hubiera metido en su confusa cabeza de soldado.

¿Porqué?

Los jueces de Jeanmaire no eran los únicos que buscaban respuesta. El propio Jeanmaire ha tenido años y años para hacerse la misma pregunta mientras miraba la pared: ¿por qué? El móvil de la disuasión parece cada vez más endeble. El habla de «debilidad de carácter». Sin embargo, ¿dónde está la debilidad del cruzado solitario que pretende disuadir al Kremlin de sus aviesas intenciones contra la pacífica Suiza? Dice que la información que pasó era del dominio público. Entonces, ¿por qué pasarla? ¿Por qué en secreto? ¿Por qué robarla, por qué darla y por qué alegrarse después? ¿Qué había que celebrar aquella noche? ¿La traición? ¿La amistad? ¿El amor? ¿La diversión? Jeanmaire dice que Denissenko era zarista y antibolchevique.

Entonces, ¿por qué no informar de esto a sus superiores, que podrían haber pasado el dato a personas interesadas en reclutar a un coronel ruso desafecto? Quizá la respuesta sea más simple, por lo menos, para el soldado suizo varado en tierra: quizá fuera, simplemente, deseos de *cambio.*
Para el novelista, lo mismo que para el agente de contraespionaje, los motivos del individuo vienen determinados por el carácter. Del mismo modo que, con frecuencia, las palabras altisonantes disimulan la falta de convicciones, la acción drástica puede deberse a motivos triviales. Una vez, interrogué a un hombre que había escapado heroicamente de la Alemania del Este. Luego resultó que, para no llevar consigo a su mujer, le había disparado un tiro a bocajarro con la Luger heredada de su padre nazi. No tenía ideas políticas ni le movía el ansia sublime de libertad; simplemente, buscaba otra vida. Siempre se había llevado bien con su esposa. Aún la quería. La única explicación que pudo dar fue la de que el club de remo le había expulsado por antisocial. Llorando, desesperado, con la vida destrozada, este asesino confeso no supo encontrar mejor excusa.



El coronel Vassily Denissenko, de la Embajada soviética en Berna.

Así, pues, otra vez, ¿por qué?

Cuanto más detenidamente se examina la relación de Jeanmaire con Denissenko, más parece haber en ella un ingrediente compulsivo, extático, sexual. Una y otra vez, es el propio Jeanmaire, no Denissenko, el que fuerza el paso. Jeanmaire necesitaba a

Denissenko mucho más de lo que Denissenko lo necesitaba a él y, probablemente, esto era lo que hacía vacilar a Denissenko y a sus jefes.
Cierto, cuando Denissenko abandonó Berna, fue sustituido por una sucesión de personajes grises: Issaev, Strelbitzki, Davidov. Cada uno de ellos, según refiere Jeanmaire, se presenta en su casa, utiliza el nombre de Denissenko, apela a las simpatías de Jeanmaire hacia Rusia, le aprieta las tuercas, encuentra la forma de llegarle al corazón y recibe un regalito o dos, para tener contento al Kremlin, o para disuadirle, como ustedes prefieran. Las relaciones de Jeanmaire con el GRU no se rompen cuando Denissenko marcha a Moscú, pero tampoco prosperan. ¿También *ellos* eran antibolcheviques? Parece que ya ha descartado la hoja de parra: es como si ya nada le importara. Por Deni les da migajas; una parte de él reconoce que está atrapado; otra parte parece decirle que su reciente ascenso a la alta graduación de general de brigada deberá eximirle de la indecorosa obligación de espiar.
—Yo pensaba: ahora soy brigadier, tengo que acabar con esta tontería.
Sin embargo, sigue disfrutando de la relación. Vacila como el drogadicto asustado, les ofrece migajas, se calienta en el fuego de sus halagos, se considera el embajador militar secreto de Suiza, culebrea, los ahuyenta, vuelve a llamarlos, suda, cambia de color una docena de veces, se permite una dosis más, jura abstinencia y toma otra. Y los grises y corpulentos operarios del GRU, conscientes de las limitaciones de su presa y quizás, incluso, de las propias, le ofrecen compensaciones, le acucian, le bailan el agua y se conforman con lo que hay, que no es mucho, sin esforzarse por obligarle a extralimitarse.
De todos modos, la figura de Denissenko es la que brilla con más fuerza hasta el fin: Deni, el que le atrajo; Deni, el que preparó el anzuelo, aunque con cautela; Deni, que dormía con su esposa; aquel hombre tan fino, tan bien vestido, tan culto; Deni, con el que daba gusto mostrarse en público. Todos sus sucesores eran comparados con el original. Algunos quedaban muy por debajo de él. Todos eran reflejo de Deni, que sigue siendo el primero y verdadero amor. Deni era noble, Deni era elegante, Deni era de la vieja escuela. Y Jeanmaire, así lo reconoce, de haber sido mujer, también se hubiera acostado con Deni. Y Deni se acostaba con Marie-Louise. El deseo de complacer a Deni, de ganarse su respeto y su aprobación, de halagarle y hacérselo suyo (con regalos, incluido, si me apuran, el de la propia esposa) parece que se apoderó de aquel simplón maduro, afectuoso, frustrado, vivaz y turbulento que era Jeanmaire, con la fuerza de una gran pasión, de un delirio.
Es natural que, aún hoy, en el recuerdo de Jeanmaire, Deni siga siendo un hombre grande y bondadoso. Porque, ¿quién es el que, después de destrozarse la vida, de sacrificarlo todo por amor, da media vuelta diciendo: «No valía la pena»?

El amor entre dos hombres ha tenido tan mala prensa últimamente (sobre todo, en el contexto del espionaje) que vacilo antes de abordar el tema. En ningún momento de

la vida de Jeanmaire existe ni la menor prueba de que él, conscientemente, alimentara sentimientos homosexuales y, mucho menos, que les diera satisfacción. Es más, se dice que, cuando se enteró por Jean—Félix Paschoud, su defensor, de que su esposa había tenido una aventura con Denissenko, se apresuró a escribirle una carta de perdón. Se cree que escribió: «Si a mí me hubiesen ofrecido una bonita muchacha eslava, no sé qué hubiera hecho.» Desde luego, la historia encaja en su reconocida heterosexualidad y su explícita aversión a los homosexuales, a los que constantemente identifica entre sus ex camaradas: X lo era, Y no lo era y Z era bisexual, pero prefería a los chicos.

En este aspecto, Jeanmaire es producto del patriarcado militar suizo. Para este machista suizo, las mujeres, más que combatientes propiamente dichos, constituyen un cuerpo auxiliar. Los hombres, como en todos los ejércitos, se sienten muy cómodos unos con otros y, a veces (aunque no en el caso de Jeanmaire), esta comodidad se convierte en amor físico. Cuando Jeanmaire habla de su madre o de su esposa, ensalza su lealtad, su sentido común, su estoicismo, su belleza. Le horroriza verlas como víctimas, porque él se siente protector suyo. Pero ni una sola vez habla de ellas como de iguales, ni mucho menos.

Y, cuando se refiere a su padrino Tissot (el unas veces desnudo y otras espléndidamente uniformado soldado que, según Jeanmaire, tuvo que dejar el mando por no haber ascendido a los más «útiles»), recuerda como si hubiera sido ayer el momento terrible en que se enteró de que su ídolo iba a casarse con una mujer que había mantenido en secreto durante cuarenta años:

—Tissot siempre decía que el ejército era una vocación para célibes. ¡Yo le creía! ¡Y sigo creyéndole! Me repugnó ver cómo se abrazaban. Para mí fue como si se hundiera el mundo, porque yo consideraba a mi padrino el soltero absoluto. No es que sospechara que pudiera ser homosexual; simplemente, todos le veían como un sacerdote.

Al parecer, en Denissenko descubrió Jeanmaire la dignidad perdida por Tissot, el héroe caído, y quizás, inconscientemente, recreó aquel compañerismo romántico y autocomplaciente que existiera entre Tissot y Jeanmaire padre. Se percibe una nota elegiaca en la forma en que todavía habla de su relación con Denissenko que traduce un sentimiento elevado, de conocimiento superior, como diciendo: «Yo *sé* lo que es eso, porque yo lo he vivido.» Y un cierto desdén que agrega: «¡Tú, no!»

¡Oh, y cómo hablaban los dos amigos! Entre los dos, el guapo diplomático militar ruso y el achaparrado brigadier suizo, arreglaban el mundo. Plantaban sus soldaditos de plomo y los derribaban, luchaban y jugaban interminablemente:

—Cuando hablábamos de política, yo representaba la democracia y Denissenko, la dictadura. Pero cada uno respetaba escrupulosamente la posición del otro.

Y aquí es necesario resaltar (como lo hizo un testigo de la defensa, durante el juicio) la penuria de la vida social de Jeanmaire. Le fue difícil encontrar compañerismo hasta

que descubrió la comunidad diplomática de Berna. Entre sus colegas escaseaban los hombres a los que le hubiera gustado tener por amigos, y su acerada lengua no le facilitaba las cosas. Se solazaba en la compañía de los nómadas extranjeros. A ellos iba sin el equipaje del pasado. En su compañía volvía a nacer.

Y, finalmente (si tantas razones necesita el amor), está el historial de combate real de Denissenko. Para el romántico soldado suizo que nunca había oído ni un solo disparo hecho con ira, ni lo oiría, con una larga tradición militar de pasiva belicosidad, el brillo de la armadura de Denissenko tenía que ser irresistible. Ni el padre de Jeanmaire, ni siquiera el padrino Tissot, poseían ni de lejos el heroico esplendor ni la firme autoridad del hombre que había combatido en Stalingrado, en cuyo pecho, en las grandes solemnidades, tintineaban medallas al valor de verdad, ganadas en campañas de verdad. Ninguna lisonja era excesiva; ningún riesgo, ni sacrificio, ni dispendio eran exagerados para criatura tan preeminente. Si, en la noche de su primera traición, dos fuerzas peleaban en el pecho de Jeanmaire (una, frenándolo con palabras de cautela y, la otra, instándole a avanzar por la senda de la gloria) fue la trayectoria de sus antepasados, soldados de caballería que no habían conocido bautismo de sangre, lo que le hizo picar espuelas sin mirar atrás.



Jean-Louis y Marie-Louise Jeanmaire en el invierno de 1975-76.

Un episodio nos revela con especial claridad el estado de ánimo de Jeanmaire durante los mejores días de su luna de miel con Denissenko: es la curiosa escena del 30 de noviembre de 1963, en que Denissenko hizo una visita a Jeanmaire en su apartamento

de Lausana con intención de echarle la red definitivamente, con una maniobra clásica. Según Jeanmaire, la escena se desarrolló así:

Marie-Louise está en la cocina. Jeanmaire, con su acostumbrada ambigüedad cuando habla de ella, no recuerda si su mujer interviene en la conversación.
Denissenko a Jeanmaire:
—El día en que nos conocimos, le dije que me gustaría compensarle de la pérdida sufrida por sus suegros en Rusia. — Saca un sobre grande y abierto y lo tiende a Jeanmaire. Dentro hay dinero. Jeanmaire no puede o no quiere calcular cuánto. Cientos, quizá miles, de francos suizos. Recuerda haber visto billetes de cien francos.
—Es una reparación —explica Denissenko—. Tal como le prometí. Un regalo de Navidad.
Jeanmaire toma el sobre y lo arroja al suelo. Los billetes vuelan por toda la habitación. Denissenko está asombrado.
—¡Si no es para usted! — protesta Denissenko—. Es una reparación por el daño causado a sus suegros.
—Puede usted guardárselo —responde Jeanmaire—. Yo no quiero su dinero.
La primera vez que Jeanmaire me contó el lance se mostró orgulloso de su conducta. Parecía creer que su reacción demostraba que no hacía nada clandestino, del mismo modo que presentar a Denissenko y a sus sucesores a los dueños de los restaurantes debía dar a entender que no había nada secreto en su amistad. Pero cuando insistí en que me explicara *por qué* no había aceptado el dinero (puesto que Denissenko se lo ofrecía por motivos aparentemente honorables, como era el de reparar una pérdida que Marie-Louise había sufrido realmente), él me dio otra razón:
—Aquel dinero me pareció un soborno. Al rechazarlo, interiormente, yo reconocía que había hecho algo malo. No quería que pudiera decirse de mí: «Se le puede comprar.» Yo en ningún momento tuve la impresión de que Denissenko tratara de cazarme, pero no quería su dinero. Me repelía. Tenía el regusto de un pago por servicios prestados. Yo no quería que un día él pudiera decir que yo había vendido a mi país, aunque yo sabía que no vendía a mi país, ni tan sólo lo regalaba.
Sería interesante saber cómo interpretaron Denissenko y sus jefes de Moscú esta extraña escena y cuántos planes se desbarataron en el momento en que Jeanmaire se negó a tragar un anzuelo con cebo tan suculento. ¿Cómo iban a comprender los hombres grises del GRU que Jeanmaire quería amor, no dinero?
—Me asombra que Denissenko pudiera hacerme eso —dice Jeanmaire—. Al fin y al cabo, hubiera podido dar el dinero a mi mujer. Pero probablemente no quiso, porque eso hubiera hecho de ella una prostituta.
Cabría suponer que, después de esta violenta escena, se agriara la velada. El pretendiente había hecho su proposición y había sido rechazado. Tal vez fuera el momento de retirarse y dejar la lucha para otro día. Pero no. Desde luego, hubo unos minutos difíciles, pero pronto se animó la conversación, la cual viró hacia la

organización del ejército suizo que había entrado en vigor el primero de enero de 1962. Jeanmaire sacó un ejemplar del orden de batalla anterior que había regido hasta el 31 de diciembre de 1961, es decir, caducado:

—Me dije que, puesto que era tan buen sujeto, yo tenía que darle algo, para que no se sintiera inútil —explica. Y añade que los agregados militares suizos le habían dicho lo agradecidos que estaban cuando alguien les pasaba «algún que otro papelito» que les permitiera justificar su opulento tren de vida a cargo del Estado.

Y, a renglón seguido, hace otra confesión:

—Le di el orden de batalla porque ya se lo tenía guardado antes de que se produjera la escena del dinero. Pero luego se lo di de todos modos. Para demostrarle que no le guardaba rencor.

Pero si el razonamiento de Jeanmaire parece tortuoso y paradójico, es como una vía romana comparado con el sinuoso camino que siguieron las autoridades suizas para llegar a su arresto y juicio.

Rudolf Gerber, fiscal federal, declaró ante la comisión parlamentaria Jeanmaire, encargada de examinar el caso, cuyo informe, por cierto, a pesar de las muchas filtraciones, sigue siendo secreto:

—El 16 de mayo de 1975, recibimos aviso de que un oficial suizo de alta graduación, en un momento dado (1964), había mantenido contactos con los rusos en materia de información militar. Fue difícil averiguar quién podía ser. Únicamente sabíamos que la esposa del oficial había tenido relación con Rusia durante su niñez. Ello nos llevó a Jeanmaire. Hacia el mes de agosto de 1975, se inició una investigación.

No hay que ser oficial del servicio secreto para preguntarse por qué había de ser tan «difícil» dar con Jeanmaire, a la vista de los pormenores del aviso. El número de oficiales de alta graduación del ejército suizo, casados con mujeres que hubieran disfrutado de una infancia en Rusia, no podía ser muy grande. Los contactos mantenidos por Jeanmaire con diplomáticos soviéticos en 1964 eran conocidos por el ejército. En el departamento de protocolo militar se los agradecían, ya que no era fácil encontrar candidatos para asistir a los cócteles oficiales. El se ufanaba de tales relaciones ante sus conocidos.

¿De dónde había partido el soplo? Según el fiscal federal Gerber, sólo unos pocos iniciados conocen la respuesta a esta pregunta. Dice él que el intrincado juego del espionaje y el contraespionaje le obliga a guardar silencio: incluso hoy resulta comprometido nombrar la fuente. Carl Weidenmann, por aquel entonces jefe del servicio secreto suizo, lo cuenta de otro modo. Él dice que, desde el primer momento, el único sospechoso posible fue Jeanmaire. Pero dice también que no está autorizado a explicar por qué. Aparte estas briznas de información, lo único que tenemos son rumores, y el más insistente dice que la información llegó de la CIA.

¿Qué decía el soplo? ¿Dio Gerber a la comisión parlamentaria Jeanmaire toda la información recibida o sólo una parte? ¿O más de la recibida? Y, si el soplo procedía de la CIA, ¿quién informó a la CIA? ¿Era una fuente fidedigna? ¿Era una celada? ¿Rusa? ¿Británica? ¿Francesa? ¿Germanooccidental? ¿Suiza? En el sucio mercado en que comercian los servicios secretos amigos, los soplos se blanquean, lo mismo que el dinero, de infinidad de maneras. Pueden ser sesgados, amañados o inventados. Pueden hincharse para causar contaminación o suavizarse para apaciguar. Sirven tanto al que los da como al que los recibe, aunque a veces a este último, menos o nada. Llegan sin indicación de origen ni modo de empleo en el envase. Pueden destruir vidas y carreras por designio o por accidente. Y lo único que tienen en común es que nunca son lo que parecen.

En el caso de Jeanmaire, el origen y contenido del soplo tienen importancia crucial. Y, hasta hoy, permanecen en crucial oscuridad.

Tres meses después del aviso y catorce años después del primer encuentro de Jeanmaire con Denissenko, se montó una operación de vigilancia en gran escala, como una carga de caballería después de perdida la batalla. El teléfono de Jeanmaire fue intervenido y él, vigilado las veinticuatro horas del día. Probablemente, también se instalaron micrófonos en su casa, pero los servicios de vigilancia occidentales tienen escrúpulos en admitir que ponen micrófonos. Un alto funcionario de Policía dice haberse disfrazado de camarero en las recepciones diplomáticas a las que asistía Jeanmaire:

—Sólo oía los chismes habituales en esta clase de reuniones —dijo a Jeanmaire después de su arresto—. Charlas de soldados sobre música, alcohol y mujeres. — El policía todavía habla como si llevara un micrófono encima.

Y, al cabo de cuatro meses de esto, sus vigilantes seguían sin tener contra Jeanmaire nada más que el soplo y lo que Gerber describía difusamente como «contactos con los rusos por encima del nivel ordinario». Pero, ¿cuál era el nivel ordinario, habida cuenta de la reconocida y celebrada predilección de Jeanmaire por alternar con los rusos, que le había valido el rendido agradecimiento del departamento de protocolo del ejército? Cuando llegó diciembre, los vigilantes empezaron a temer que el inminente retiro de Jeanmaire llegara antes de que ellos pudieran encontrar una base de acusación. Por lo tanto, Weidenmann, jefe del servicio secreto, de acuerdo con el jefe de la Policía Federal y el fiscal federal, decidió ofrecer a Jeanmaire un empleo que lo mantuviera en el arnés. Con tal fin, Weidenmann llamó a Jeanmaire a su despacho.

—Sería una lástima que dejara usted el ejército sin que quedara constancia de sus conocimientos y experiencia en el campo de la defensa civil.

Por una prima de mil francos mensuales (rebajada posteriormente a quinientos, en un acceso de austeridad burocrática), Weidenmann propuso que el pensionista Jeanmaire realizara un estudio comparativo de las defensas militar y civil de todos los países en los que los suizos tenían agregados militares. Jeanmaire se sintió halagado, y sus vigilantes habían comprado tiempo.

—Yo no sospechaba nada.

El 13 de enero, Weidenmann volvió a llamar a Jeanmaire y, en un intento para impulsarle a la traición, le dio acceso, a través de intermediarios seleccionados, a documentos secretos en poder de servicios suizos de información en el extranjero. Weidenmann testificó después que su departamento puso buen cuidado en asegurarse de que no cayera en manos de Jeanmaire algo realmente importante. Los intermediarios, naturalmente, estaban al corriente de este plan de incitación.

Para aumentar la tentación, se asignó a Jeanmaire un despachito en el santuario de operaciones encubiertas tan relevante como el cuartel general del coronel Albert Bachmann, que dirigía su propio servicio especial, conocido en círculos suizos como la Organización Bachmann y que durante mucho tiempo había sido objeto de los más fantásticos rumores y también causa de público sonrojo, especialmente a raíz de un grotesco episodio en el que uno de sus agentes fue sorprendido mientras espiaba en unas maniobras secretas austríacas *(sic).* También Bachmann era el responsable del «ejército secreto» suizo que formaría el núcleo de las fuerzas de resistencia clandestinas en el caso de que Suiza fuera invadida. Ningún espía soviético o agente secreto que se preciara, pensaban, podría resistirse a objetivo tan sustancioso como la Organización Bachmann. El despacho estaba cuajado de micrófonos, el teléfono de Jeanmaire estaba intervenido, y Bachmann se sumó al equipo de vigilancia. Pero, desgraciadamente, la gallina se resistía a poner el huevo.

Weidenmann, jefe del servicio secreto, a la comisión parlamentaria Jeanmaire:

—Fue mantenido en observación durante este período, desgraciadamente, sin resultado.

Al cabo de otros ocho meses de frustración, durante los cuales todas las palabras y movimientos de Jeanmaire fueron minuciosamente estudiados por sus vigilantes, el fiscal general Gerber decidió arrestarlo de todos modos, a pesar de que, según reconoció el propio Gerber, carecía de la más mínima prueba real.

Pero en el ánimo de Gerber y de sus compañeros pesaba algo mucho más trascendente que los requisitos jurídicos, algo que proyectaba una sombra sobre su misma existencia profesional. Poco tiempo atrás, los barones del servicio secreto norteamericano habían hecho saber formalmente a Berna que Washington no confiaba en la capacidad de los suizos para proteger los secretos militares que les eran confiados. A través de Suiza, se filtraba a la Europa Oriental información técnica vital sobre armamento norteamericano, decían. Peligraba el sistema de alarma rápida

Florida. También, el supermoderno equipo electrónico norteamericano montado en los tanques suizos, especialmente el *stabilizor.* Se rumoreaba que los norteamericanos se negaban a vender a Suiza sus nuevas piezas de artillería 109 y, lo que era peor, que, en materia de secretos militares, se iba a dar a Suiza trato de país comunista, una humillación que había desatado el pánico en los augustos cónclaves de la información y el aprovisionamiento suizos.

No importaba que Jeanmaire no tuviera acceso a tales secretos. No importaba que no estuviera cualificado en la tecnología supuestamente filtrada, ni que el ejército lo tuviera destinado a un puesto anodino, sin un triste secreto que poseyera valor. Había una filtración, había una amenaza, había un soplo y había un hombre. Lo que ahora procedía, y cuanto antes mejor, era sumar las cuatro partidas, acallar las inquietudes norteamericanas y recomponer la imagen de potencia militar responsable y competente (y neutral) de Suiza.

Uno de los principales interrogadores de Jeanmaire, y también el hombre que lo arrestó, fue el inspector Louis Pilliard, comisario de la Policía Federal (el mismo funcionario que afirmaba haberse disfrazado de camarero para espiar a Jeanmaire en los actos diplomáticos). Durante el «arresto preventivo» de Jeanmaire (es decir, los días que precedieron a su comparecencia ante un juez militar de instrucción), Pilliard, un policía civil, estuvo interrogándole, según las anotaciones que Jeanmaire hacía secretamente en pedacitos sueltos de papel, durante un total de noventa y dos horas. Olvídense ustedes de la Convención Europea sobre Derechos Humanos de la que Suiza es signataria y que estipula que un detenido debe ser llevado ante el juez sin demora: Jeanmaire había pasado ya 107 días incomunicado y tenía ante sí otros seis meses hasta que se celebrara el juicio.

—Usted ha facilitado información sobre el Florida —le dijo Pilliard a últimos de octubre.

—Usted está loco —respondió Jeanmaire—. Puedo demostrarle que no sé absolutamente nada del Florida.

Efectivamente, en 1972, en la única ocasión en que Jeanmaire hubiera podido asistir a una demostración del sistema de alarma Florida, envió una carta declinando la invitación, carta que Pilliard localizó, lo cual le honra. Pero, aunque hubo que descartar la acusación de que hubiera vendido información sobre el Florida, a los ojos de sus acusadores públicos (y a los de Furgler, ministro de Justicia) Jeanmaire seguía siendo un espía de mucho cuidado. Finalmente, el 10 de noviembre, el Parlamento dispuso que todos los delitos cometidos por Jeanmaire *y por su esposa* debían ser juzgados por un tribunal militar.

Porque también Marie-Louise estaba acusada. A las siete de la mañana, mientras su marido era introducido en un coche de la policía cuando se dirigía a su trabajo, cinco policías federales, entre ellos una mujer, se presentaron en el piso de los Jeanmaire, en la Avenue du Tribunal—Fédéral de Lausana, para hacer un registro que duró dos

días. Entre sus hallazgos figura el Diario de Marie-Louise, en el que ella anotaba todas sus entrevistas con Denissenko, y un televisor de origen no especificado que probablemente fue regalado a los Jeanmaire por Issaev, uno de los sucesores de Denissenko. El Diario ha desaparecido en los sótanos acorazados del secreto suizo, pero, según Jeanmaire (que ayudó a descifrarlo), contiene una anotación que dice así: «Hoy Deni y yo nos hemos amado.»

La policía cayó también sobre Fräulein Vreni Ogg, amiga y vecina de los Jeanmaire en Berna, en su lugar de trabajo, en la oficina de Sendas de Montaña de Berna. La metieron en un coche, la llevaron a una comisaría y, al cabo de media hora, después de decidir, por lo visto, que no podía decirles nada que mereciera la pena, la soltaron. Los periódicos tuvieron su festín y la vida de Vreni Ogg no volvió a ser la misma.



Blick

Jeanmaire

SAMSTAG

Möbel-Pfister

Auf Seite 3: So geht es weiter

Seite 9: Folgen auch für Gnägi?

Der Verräter des Jahrhunderts

Jetzt heisst es handeln!

Der neue NESCAFÉ Gold. Mit noch mehr Aroma.

Primera plana del Blick *del 8 de octubre de 1976. «El traidor del siglo.» «¡El ex brigadier Jean-Louis Jeanmaire —dice el artículo—, contaba a los soviéticos todo, todo lo que sabía! Esto es lo que el ministro de Justicia Furgler, pálido y visiblemente alterado, tuvo que decir ayer a un Parlamento consternado.»*

Muy pronto, Jeanmaire empezó a cantar como un pájaro, pero no la canción que querían oír sus interrogadores.

Nuevamente, habla el fiscal federal Gerber, ante la comisión parlamentaria Jeanmaire, con un lamento que habría que poner en un marco y colgarlo en la pared de todas las salas de los palacios de justicia del mundo libre:

—El *quid* de la cuestión es éste: en Suiza no disponemos de medios para mejorar la disposición de Jeanmaire a testificar.

Después de un arresto fulminante, incomunicación, privación de ejercicio, radio, periódicos y contactos con el exterior, de un interrogatorio exhaustivo, de amenazas y

coacciones, ¿en qué otros medios estaría pensando Gerber?
Jeanmaire fue interrogado principalmente por Pilliard que, en ocasiones, estaba acompañado por otro funcionario, un tal Lugon, inspector de la policía cantonal de Waadtland. Al igual que Pilliard, Lugon había tomado parte en el arresto de Jeanmaire.[1] Pero en el interrogatorio intervinieron también otros, incluido el propio Gerber, éste, durante cuatro horas, aunque el contenido de su conversación se ha borrado de la memoria de Jeanmaire:

—Me dio la mano. Estuvo correcto. Yo le dije que era para mí un alivio ser interrogado por una persona de autoridad. Mi memoria está *kaputt…*
Está *kaputt,* quizá, porque en aquella ocasión (8 de setiembre, según testimonio de Gerber) Gerber leyó a Jeanmaire el detalle de las confesiones que había hecho hasta entonces y que después formaron la base de la acusación. Está *kaputt* porque una parte de Jeanmaire sabe que, al mes de su arresto, si no mucho antes, él había contado toda su vida.
De todos modos, el interrogatorio parece sido hecho con bastante torpeza. Al fin y al cabo, Jeanmaire era el ideal de cualquier interrogador: un hombre aterrorizado, desorientado, indignado, sin amigos y culpable. Era entonces, y es hoy, un hablador compulsivo, un jactancioso, un niño que espera ser deslumbrado. El interrogador que hacía falta en este caso no era el personaje severo que intimida sino el consejero, el confesor, alguien que pudiera descifrarle su propio dilema y, en reciprocidad, recibir sus confidencias. Olvídense del funcionario de ojos de lince que domina cinco idiomas: un policía con sentido común, cara afable y oído paciente hubiera podido tenerlo en la palma de la mano. Pero este personaje no figuraba en el reparto.
Al segundo día, lo visitó Peter Huber, adjunto de Gerber, que estuvo con él una hora y, según Jeanmaire, le instó a adornar su confesión:
—Herr Jeanmaire, su caso no es peligroso, pero debería usted admitir más de lo que hizo para que nosotros pudiéramos remediar los daños cuanto antes.
¿A qué daños podía referirse Huber, sino a la amenaza de los norteamericanos? Entonces Jeanmaire preguntó a Huber por qué estaba en la cárcel y qué había sucedido.
Huber: No estoy autorizado a decírselo. No puedo. Pero ha habido graves filtraciones al Este.
Jeanmaire: Pero no a través de mí.
Huber: No se alarme. Las cosas no están tan mal como parece. Usted sólo confiese más de lo que hizo.
Sin las actas oficiales (y las cintas secretas de los interrogatorios que seguramente se grabaron) es difícil determinar con exactitud *cuando* confesó Jeanmaire y *qué* confesó. Según Gerber, en su declaración ante la comisión parlamentaria Jeanmaire, no fue sino el 6 de setiembre cuando Jeanmaire confesó haber entregado documentos

clasificados como «secretos», pero cuanto fuese que confesara, Jeanmaire dice que le tendieron una trampa:
—Pilliard me prometió que, sólo con que le dijera esto, esto y esto, aquella misma noche podría estar sentado en el Restaurant du Théâtre, con mis compañeros. Me prometieron que me soltarían y que se echaría tierra sobre el asunto. Fue un chantaje.
Gerber da fechas precisas de la confesión de Jeanmaire, pero Jeanmaire, desde el momento de su arresto, vivía una pesadilla, como su propio relato empieza a demostrar ahora, porque se hace fragmentario, surreal y, en muchos aspectos, dudoso.

Pero ahora se impone renunciar a la sabiduría retrospectiva, situarnos en el contexto del momento y compadecer a los pobres funcionarios del servicio secreto, a los que tocó habérselas con el caso Jeanmaire. También ellos eran víctimas de un chantaje, aunque no fuera más que por la indignación de los suizos (la *Volkszorn)* y por el afán de la Administración de hacer recaer cuanto antes sobre los hombros de Jeanmaire todos los fallos de la seguridad suiza, reales o supuestos, de la última década. Tenían detrás, respirándoles en la nuca, no sólo al poder legislativo sino también al ejecutivo.
Jeanmaire describe el momento en que, al decir a Pilliard, comisario de policía, que, durante una cena en Belp, Denissenko había comentado que los túneles de la *Autobahn* podían ser buenos refugios atómicos, ante los ojos del asombrado Jeanmaire, Pilliard cogió el teléfono y explicó al ministro de Justicia Furgler en persona que Jeanmaire había hablado a Denissenko de refugios y bombas atómicas:

—De repente, me había convertido en físico nuclear y técnico en refugios subterráneos. Nada dijo del contexto en el que habíamos hablado de ello.
Desde luego, la llamada a Furgler (aunque ésta no es sino una de las varias ocasiones en que el policía hizo ostentación de su estrecha relación con su ministro) podía ser un truco del policía: Pilliard podía estar hablando con el portero. Pero la descripción que Furgler había hecho de Jeanmaire calificándolo de «gran traidor» era ya del dominio público y es plausible que, en la democrática Suiza, el comisario de policía pudiera comunicar directamente con su jefe supremo.
Además de sufrir estas presiones de las alturas, los investigadores estaban lastrados con el cúmulo de casos, registrados en otros países, de altos funcionarios espías que sí habían revelado importantes secretos de su nación: hombres tales como Wennerström en Suecia, Mitchell y Martin en Estados Unidos y Vassall, Houghton y Gee en el Reino Unido. Una lluvia de precedentes se abatía ya sobre ellos a través de los canales de enlace de los servicios secretos occidentales. Sería sorprendente, por ejemplo, que la CIA y el FBI no hubieran enviado ya a los habituales grupos de «expertos» y «asesores» con sus teorías de conspiración a cuál más ingeniosa. En Estados Unidos, James Jesus Angleton tenía virtualmente paralizada a la CIA con sus

teorías sobre la existencia de topos en altos puestos de la Agencia. En el Reino Unido, Peter Wright y compañía practicaban el mismo juego.

En semejante ambiente, era natural que Jeanmaire fuera elevado a las más altas gradas del panteón de los espías, pues los suizos no iban a consentir que se les dijera que su espía era menos importante que los demás.

¿Que Jeanmaire ha sido vigilado y escuchado infructuosamente durante todo un año? ¡Eso demuestra que había recibido órdenes de congelar sus actividades! ¡Hay que cazarlo! ¡Ahumarlo para que salga de la madriguera!

¿Que Jeanmaire no disponía de medio conocido para comunicarse con su enlace? ¡Eso indica que habla con ellos por una radio secreta! ¡Desmóntenle el televisor! ¡Desmenúcenle el piso! ¡Busquen códigos, equipo de criptografía, lupas micropunto!

¿Que confiesa haber pasado minucias al enemigo? ¡Lo dice para despistarnos! ¡Arrímenle los pies al fuego! ¡Frían a su mujer!

¿Que Jeanmaire se ha venido abajo y todavía no ha confesado nada de importancia? ¡Es que es duro de pelar! ¡Un soldado profesional! ¡Hay que trabajarlo más!

Si hemos de creer a Jeanmaire, hasta Jean—Félix Paschoud, su abogado defensor, estaba convencido de su culpabilidad, aunque a ver quién es el que tiene buena opinión de su defensor, después de recibir una sentencia de dieciocho años de prisión. Dice Jeanmaire que la primera vez que Paschoud entró en su celda, le increpó furiosamente, agitando el puño delante de su cara:

—¡Lo que ha hecho usted es una imbecilidad! ¡Es usted un completo idiota! ¡Nadie anda por ahí con rusos, dándoles la mano!

Bien, tal vez Paschoud dijera esto, aunque ello no demuestra que considerara culpable a Jeanmaire. Paschoud, según Jeanmaire, era miembro de la Ligue Vaudoise, un grupo anticomunista de patrióticos soldados de la guerra fría, y es posible que los coqueteos de Jeanmaire con los rusos les escandalizaran. Durante el juicio, terriblemente breve, se lamenta Jeanmaire, Paschoud se ocupaba más de hacer callar a su cliente que de reclamar justicia para él. Pero tal vez Paschoud tuviera razones profesionales para hacer callar a Jeanmaire. Con frecuencia, Jeanmaire, era su peor enemigo, y Paschoud alegaba que los delitos de los que se acusaba a su cliente habían prescrito, por lo que era innecesaria la defensa.

Jeanmaire gusta de describir a Paschoud como un abogadillo de Lausana al que él conocía superficialmente del ejército, pero la verdad es que Jean—Félix Paschoud es uno de los pocos abogados de renombre internacional que hay en Lausana, y entre sus clientes figuraron Charles Chaplin y su familia.


Kurt Furgler, ministro de Justicia (a la derecha) y Rudolf Gnägi, presidente federal, el 10 de noviembre de 1976.

El juicio fue digno de Kafka y más. Duró unas veinte horas, repartidas en cuatro días, aproximadamente a hora por año de sentencia. Aún no se ha publicado un informe oficial. Los cargos contra los Jeanmaire siguen siendo secretos, aunque entretanto se han filtrado casi en su totalidad.

Meses antes de que empezara el juicio, los dos acusados habían visto la muerte de cerca. Desde el 21 de setiembre al 5 de octubre, Jeanmaire estuvo en un hospital penitenciario subterráneo, con una grave angina y fiebre alta. Se le administraba medicación drástica y, en dos ocasiones, rechazó la extremaunción, que le ofrecían las monjas que lo cuidaban. No obstante, el comisario Pilliard prosiguió el interrogatorio. Llegó, incluso, a arrojar unos documentos a la cara de Jeanmaire conminándole a reconocer que él los había entregado a los rusos. Jeanmaire cree que esto fue idea del coronel Bachmann. Cuando Jeanmaire volvió a la cárcel, Pilliard fue a verle, muy afable, con una botella de vino y dos vasos. Jeanmaire le preguntó si estaba loco.

Se consideró que Marie-Louise, que había quedado parcialmente paralizada por una embolia, estaba demasiado enferma para ir a la cárcel, pero no para ser juzgada. Es Jeanmaire quien describe cómo se comportó ella durante su detención. Al principio, dice, no admitió nada.

—Ella mentía. Quería salvarme. Fue más valiente que yo. Si yo me hubiera comportado del mismo modo, no habría pasado nada. — También negó haber tenido relaciones con Denissenko. Pero el Diario la delató. Jeanmaire, el transparente embustero, deja escapar—: Tampoco yo les dije nada de eso —y rápidamente rectifica—: No lo sabía.


Jeanmaire a la salida del juicio, 16 de junio de 1977.

El juicio se celebró en el clásico Palais de Montbenon, en una pequeña sala perteneciente a la audiencia cantonal de Waadtland. Jeanmaire, bien custodiado, fue introducido por una puerta lateral. Se le autorizó a ponerse su uniforme de brigadier, traído especialmente de Lausana. El único cuadro de la sala representaba el Juicio de Salomón. Los espectadores eran unos cincuenta periodistas y otros tantos curiosos. Entró primero Jeanmaire y, a continuación, Marie-Louise, que andaba con lentitud y dificultad, apoyada en el brazo de una matrona que la llevó a un sillón de piel. Marie-Louise vestía traje de chaqueta azul. Entraron los jueces, y todo el mundo se puso en pie. Después de anunciar que la sala sería despejada en breve por imperativos de la seguridad militar, el secretario leyó un breve extracto de los cargos. Se acusaba a los Jeanmaire de «haber mantenido relaciones amistosas» con dos agregados militares soviéticos y sus sucesores y con un colega del agregado militar de la Embajada soviética en Berna, probablemente, Davidov, el residente del GRU, su último contacto, durante el período que precedió a su nombramiento de agregado. El resto era muy esquemático: resultado de estas relaciones, decía la acusación, era la deliberada y continua revelación de información que, en interés de la defensa nacional, debía ser mantenida en secreto. La pena máxima para estos delitos era de veinte años de prisión. También se hacía referencia a «soborno pasivo», aunque es interesante observar que tal referencia no aparece en las treinta y cinco acusaciones filtradas que *Wochenzeitung* publicó en 1988. Y ello no es de extrañar, puesto que el total de regalos recibidos de los rusos por los Jeanmaire a lo largo de catorce años, incluidos la pulsera de Marie-Louise, el televisor y unos gemelos para Jeanmaire no superaban las mil libras, flaca recompensa para el «traidor del siglo», especialmente cuando varios superiores de Jeanmaire habían aceptado sin escrúpulos invitaciones a cacerías en Rusia, para no mencionar los consabidos obsequios diplomáticos de caviar y vodka.

Todavía en presencia del público, Jean—Félix Paschoud, el abogado defensor, juez militar y teniente coronel de infantería y su colega *maître* Courvoisier que defendía a Marie-Louise, leyeron declaraciones según las cuales no había razón para creer que los Jeanmaire hubieran aceptado dinero de los agregados ni que en sus actos influyeran factores de carácter ideológico. La tentativa de Paschoud de invocar la ley suiza de prescripción en relación con las primeras transacciones entre los acusados y

Denissenko se mantuvo en suspenso hasta que el tribunal decidiera si los delitos debían considerarse continuos o, simplemente, repetidos.
A continuación se hizo despejar la sala y se leyeron todos los cargos. Entretanto, dice Jeanmaire, él vio sentado en la sala a Pilliard, su interrogador, que figuraba en la lista de testigos. Advirtió de ello a Paschoud y se interrumpió la vista.
—Monsieur Pilliard —dijo el presidente del tribunal, según Jeanmaire—, usted es testigo de este caso. ¿Por qué se encuentra en la sala?
—Estoy aquí por orden de Herr Furgler —respondió Pilliard.
El presidente preguntó a sus colegas si deseaban hacer alguna objeción a la presencia de Louis Pilliard. No hubo objeciones por lo que el principal testigo de la acusación, según Jeanmaire, presenció toda la vista.
Se empezó por Marie-Louise. Aunque no se hizo referencia a su aventura con Denissenko, Jeanmaire insiste en que la trataron como basura, haciéndole secas acusaciones en lugar de preguntas. Se insistió en un incidente en el que Marie-Louise había introducido un manual del ejército en una caja de bombones antes de que su marido lo entregara a Denissenko. Con un hilo de voz, Marie-Louise reconoció haberlo hecho. No obstante, cuando fue acusada de tratar de influir en su marido para que pasara información, ella respondió con gran animación:
—Mi marido sabía muy bien lo que le estaba permitido y lo que no.
A mediodía, terminado el interrogatorio, fue sacada de la sala. Empezó entonces el interrogatorio de Jeanmaire.
—El tono era malicioso e insultante —dice Jeanmaire—. El juez Houriet que presidía el tribunal gruñía como un perro.
Jeanmaire se enteró de su móvil por los jueces: venganza por haber sido postergado en el escalafón, y no consiguió convencer a nadie de lo contrario. Unas veces, le interrumpía el presidente del tribunal. Otras, le interrumpía Paschoud. Hacia el final de la sesión de aquel día, uno de los jueces, que hasta entonces había guardado silencio, le hizo un llamamiento. Al parecer, le salió del corazón. Jeanmaire lo cita así:
—Brigadier Jeanmaire, usted es un hombre honrado, eso es bien sabido. En nombre del cielo, díganos ya lo que hizo. Díganos por fin la verdad.
—Les he dicho la verdad —respondió Jeanmaire.
De manera que, por desgracia, todavía no se disponía de una confesión de la entrega de información del sistema de alarma Florida ni de la revelación de cualquier otro de los vitales secretos de defensa, norteamericana, cuya índole sólo podemos suponer. Seguía planeando la terrible amenaza de ser relegados a la categoría de país comunista.
En la mañana del segundo día, según el encargado de prensa del tribunal, se interrogó a los testigos de la acusación. El primero fue el médico que había atendido a Jeanmaire en el hospital. El prisionero, dijo, gozaba de buena salud. Después del médico, declaró el comisario Pilliard, que habló en términos generales de la

deliberación con que había actuado Jeanmaire y de su admisión de que la información que pasaba a Denissenko y sus sucesores, probablemente, era enviada a Moscú. «Al fin y al cabo, ésta era su misión como agregado militar», se afirma que dijo Jeanmaire.

Antes de que Pilliard abandonara el estrado, los jueces le preguntaron de dónde procedía la información que provocó el arresto de Jeanmaire. Él respondió que no podía revelar la fuente, ya que el ministro de Justicia Furgler le había ordenado que la mantuviera en secreto.



Jean-Louis Jeanmaire.

Los testigos de la defensa, todos ellos escogidos por Paschoud, dice Jeanmaire, contribuyeron más a aumentar el misterio de la personalidad del acusado que a disiparlo. Pusieron de relieve el carácter enérgico de Jeanmaire y rechazaron la sugerencia de que pudiera haber actuado por venganza. Era «jovial» pero no «beodo». Podía escandalizar por su franqueza y aborrecía la pedantería. Bajo su adusto aspecto había un hombre delicado y sensible. Era un anticomunista acérrimo. El presidente del tribunal desestimó la propuesta de Paschoud de presentar testimonios escritos favorables de compañeros de armas. «Prosigamos. No nos interesan», asegura Jeanmaire que dijo.

Marie-Louise fue introducida nuevamente en la sala antes del informe final de la acusación.

Recuerden ustedes, por favor, que, para saber lo ocurrido, todavía no disponemos sino del testimonio de Jeanmaire del comunicado de prensa oficial y de rumores. El fiscal puso de relieve la alta responsabilidad de Jeanmaire, que era uno de los pocos brigadieres del ejército suizo, con treinta mil hombres a sus órdenes. Aludió a la debilidad de carácter de Jeanmaire al que describió como cautivado por el encanto y la astucia de Denissenko. Desestimó el alegato de Paschoud de que los primeros delitos habían prescrito, afirmando que eran parte de un continuo. Solicitó doce años de prisión, degradación, expulsión del ejército y pago de las costas del juicio. Para Marie-Louise solicitó un año de cárcel, pero agregó no se opondría a la suspensión de la sentencia.

Al oír esto, el abogado de Jeanmaire, según su cliente, se derrumbó y se echó a llorar.

—Paschoud no esperaba que pidieran doce años —explica Jeanmaire como si, de pronto, sus propias emociones tuvieran menos importancia que las de su abogado defensor. Durante el descanso de mediodía, Paschoud fue a verle a la celda, llorando y le dijo:

—Quieren crucificarle.

¿Lloró realmente Paschoud, un abogado curtido? ¿Lloró Jeanmaire? ¿Estaba Jeanmaire en aquel momento terrible en condiciones de observar y recordar con precisión las reacciones de alguien, incluso las suyas? Se sabe que el hombre que se enfrenta a una sentencia, ya sea de cadena perpetua o, incluso, de muerte, experimenta toda una escala de emociones que abarca desde la desesperación hasta la euforia histérica. Por lo que se refiere a Jeanmaire, Paschoud se derrumbó y lloró, y punto. Lo que vio el propio Jeanmaire, o pensó o sintió, probablemente, esté más allá de toda descripción. Quince años después de los hechos, todavía parece deseoso de dar un punto de referencia externo a él: su abogado.

Al parecer, desde aquel día, sólo una vez ha roto Paschoud su silencio, y fue con el consentimiento escrito de Jeanmaire. Durante una entrevista concedida a un periódico de Lucerna y publicada en setiembre de 1988, Paschoud acusa al comisario Pilliard de extraer confesiones firmadas de Jeanmaire con coacciones y amenazas. Califica de «escandalosas» las circunstancias de la detención preventiva de Jeanmaire y critica la presencia de Pilliard (en su calidad de testigo y de acusador de tacto) en la sala, durante todo el juicio.

—El que determinadas personas obren mal no justifica que se haga otro tanto con ellas —dice Paschoud. Insiste en que Jeanmaire sólo revelaba minucias y que su intención era demostrar a los rusos que los suizos estaban preparados para la defensa. No era un traidor y fue acosado como una fiera salvaje. Por extraño que parezca, al leer la entrevista uno piensa que Paschoud tal vez lloraba después de todo.

Courvoisier, el abogado de Marie-Louise, por el contrario, se mantuvo a la altura de las circunstancias de un modo soberbio: tal es la opinión de Jeanmaire, la del encargado de prensa del tribunal y de la dócil prensa del día. Puso de relieve el papel subordinado de Marie-Louise, argumento perfectamente plausible para un tribunal

suizo totalmente masculino, así como su carencia de afán de lucro y de ideología. Hoy era una mujer diferente de la que había seducido Denissenko, dijo. Hizo una cita de *Madame Bovary.* Ella había visto en Denissenko a un hombre al que podía admirar, dijo. Y, al término del informe, Marie-Louise, «muy dulcemente», en palabras de Jeanmaire, pidió a los jueces que tuvieran clemencia con su marido.
Paschoud, aún no repuesto del todo, según Jeanmaire, se puso en pie. Las lágrimas le ahogaban al hablar, dice Jeanmaire. Manifestó que su cliente se declaraba culpable, táctica que no había sido acordada previamente entre ellos:
—En ningún momento me dijo cómo pensaba defenderme —se lamente Jeanmaire—. Él, más que rebatir acusaciones concretas, quería minimizarme. — Por lo demás Jeanmaire no dice de la defensa de Paschoud sino que terminó con estas palabras: «Pido que Jeanmaire sea juzgado, no condenado.»
Pero la prensa del día atribuye a Paschoud un papel más lucido y pone en su haber que atacara «la intoxicación de la opinión pública, la injerencia política y ciertas manifestaciones de representantes del ejecutivo que habían predispuesto al público en general contra su cliente». Según la prensa, Paschoud llegó, incluso, a nombrar a Furgler y a citar su discurso de octubre de 1976 ante el Consejo Nacional diciendo que «no coincidía con la forma en que el tribunal entendía el caso». También se atribuye a Paschoud que dijera que Jeanmaire no tenía verdaderos amigos en Suiza y que deseaba demostrar a Denissenko que el dispositivo de defensa suizo era potente y eficaz. Ésta parece ser la única vez que la defensa menciona la tan ensayada argumentación de Jeanmaire de la «disuasión» que hoy es su principal justificación.
Finalmente, Jeanmaire agregó su última alegación:
—Nunca fue mi intención traicionar a mi país. Lamento el daño que haya podido causar.
Se levantó la sesión y Jeanmaire fue conducido a su celda. Se permitió nuevamente la entrada de la prensa y el público para oír el veredicto. Se subió otra vez a Jeanmaire. El tribunal consideró la petición de doce años hecha por la acusación excesivamente benévola y le impuso dieciocho, los seis de diferencia, por la alta graduación de Jeanmaire que agregaba «excepcional gravedad» a su delito. Sólo ciertas «circunstancias atenuantes» le libraron de la máxima pena de veinte años. Éstas eran: los servicios prestados a Suiza, los sentimientos positivos que conservaba hacia su país y la falta de afán de lucro. El tribunal describió sus verdaderos motivos como: ambición, deseo de exaltación personal y resentimiento. Los cargos contra Marie-Louise fueron retirados.
Si las razones del veredicto siguen siendo un secreto, la causa de la dura sentencia no lo es. El tribunal había hecho lo que se deseaba de él. Había convertido en espía grande a un espía pequeño. Tan enorme pena debía reflejar una enorme traición. La bruja estaba quemada, la filtración se había sellado y Estados Unidos ya no tendría que dar a Suiza trato de país comunista.

Es tarde, la *fondue* se terminó hace rato y Jeanmaire se ha fatigado hablando. Sus expresivas facciones tienen ahora una palidez cenicienta, de cárcel. Está un poco cansado de mí. El viejo soldado ha cumplido con su deber. Pero sigue siendo mi anfitrión. Tomamos el último *schnapps* mientras esperamos el taxi y pronto yo volveré a gran hotel y él, quizás, a la compañera que ahora le a mi cuida con la misma lealtad que sus antecesoras.

Está preparando una autobiografía, dice. Las carpetas amontonadas junto a la pared contienen sólo algunos de los miles de folios que él escribió en la cárcel.
Una pausa y, luego, sin poder contenerse, me pregunta:
—Bueno, ¿qué le parece? — como diciendo: «¿Cómo estuve?» Como si los que venimos a verle tuviéramos que declararnos a favor de la defensa o de la acusación y salir por la puerta del «sí» o la del «no».
Durante un momento, no encuentro respuesta. Ahora sólo su valentía y su edad hacen de él un inocente, y hay en Jeanmaire, a los ochenta años, una grandeza que es una virtud en sí misma. Pero la vejez puede ser un estado diferente. El encanto del anciano no corresponde forzosamente al encanto del hombre más joven, ni con mucho. Y se me ocurre pensar que la catástrofe ha hecho de él un caso especial, otorgándole una redención aparte, fuera del alcance del juicio humano.
—Yo sólo quiero informar de lo que he visto y oído —le digo suavemente.
—¡Eso! ¡Eso! — Cuando nos despedimos, vuelve a haber lágrimas en sus ojos, pero no sé si de cansancio, de pesar o, simplemente, de vejez.

Bueno, ¿qué les parece?, como diría Jeanmaire.

Sólo una cosa es segura: él no tenía posibilidad de revelar lo que se pretendía que hubiera revelado, ni se aportó prueba alguna de ello.
Lo que él daba a los rusos era paja, entre otras cosas, porque paja era lo único que tenía. Y, mientras no se demuestre lo contrario, dieciocho años fue una sentencia bárbara.
Lo que él *podría* haber revelado, de haber poseído verdadera información, es una pesadilla que, a Dios gracias, no debe atormentarnos. No la poseía.
Y no; Jeanmaire no está muerto, ni mucho menos. En todas las pequeñas ciudades de Suiza o de Inglaterra hay hombres y mujeres que, con una cuarta parte de sus años, están mucho más muertos de lo que Jean-Louis Jeanmaire ha estado nunca. Es un hombre que ama, que lucha y que sueña, y un creador frustrado. Es un fanfarrón modesto y un tirano tierno. Tal vez debió seguir con la arquitectura, en la que, brevemente destacó. Entonces habría podido enfurecer a los clientes, insultar a los

consejos municipales, triunfar, fracasar y volver a triunfar impunemente. Tal vez debió ser un director de escena, como el Jeanmaire que organizó el incendio de la casa en el que su propia vida se convirtió en humo. Desde luego, debió mantenerse al margen de cualquier cosa secreta.
Él no estaba hecho para el ejército, aunque lo amara. Nació en ese medio y, como buen soldado, se dispuso a pelear como sus antepasados en guerras incruentas. Cuando el ejército empezó a aburrirle, le dio por soñar que, en algún lugar, le aguardaba un destino más grande. Creyó encontrarlo en la persona de Denissenko: «¡Ya llegó! — pensó—. *Él* es mi destino; *él* es mi redentor, *él* es la puerta a las vidas que no he vivido.»
¿Existió realmente un espía importante? ¿Anda todavía por los pasillos de Berna, sabiendo que Jeanmaire pagó por él, o por ella, con doce años de cárcel? Jeanmaire no lo cree, pero en la prensa suiza abundan los rumores y, semana a semana, se suceden las teorías sobre la existencia de una conspiración. Una hipótesis que tiene mucho predicamento es la de que los rusos orquestaron toda la historia: existía un espía importante y ellos compraban su mercancía. Cuando se empezó a sospechar del espía, ellos dieron la información a la CIA y tomaron las medidas necesarias para que el pequeño espía Jeanmaire pagara los platos rotos.
Las mutuas acusaciones entre miembros del mundillo de los servicios secretos suizos son el pan de cada día: el que vendía secretos no era otro que el propio coronel Bachmann, dicen unos. No, no; era Weidenmann; era Gerber; era Santa Claus; eran todos y ninguno.
Y, desde luego, al igual que el aluvión de escándalos de espionaje que han divertido al mundo durante los cuarenta años últimos, las revelaciones acerca de los servicios suizos de información en los años sesenta y setenta hacen entrever un piélago de ejércitos particulares, intereses particulares, fantasías particulares y una asombrosa incompetencia, ocultos tras los muros del secreto.
Pero los suizos aman a sus espías aun odiándolos. Al purgar a «los fisgones de Berna» los suizos purgan también su propia práctica ancestral de mutua vigilancia. Y los nuevos hombres y mujeres quieren poner fin a todo esto, quieren devolver a los suizos la fe en sus compatriotas y apear al país de la convicción de ser un bastión de cordura rodeado de extranjeros locos.
En el fondo del soldado y patriota que es Jean-Louis Jeanmaire, aunque él sería el último en reconocerlo, alentaba un hombre que estaba harto de ser suizo.

Posdata, 16 de enero de 1991

Continúan las revelaciones sobre el caso Jeanmaire. Desgraciadamente, cuando doy esto a la imprenta, se espera todavía la información más importante, esto es, al segundo tomo del informe de la comisión parlamentaria. Algunas de sus conclusiones ya son conocidas, aunque extraoficialmente y en forma de borrador, y proyectan más luz (o más sombras) sobre las preguntas que yo formulo.

La comisión no sitúa el comienzo del caso en mayo de 1975, que es la fecha señalada por el fiscal general Gerber, sino en octubre de 1974, en que el «representante de un servicio secreto extranjero» fue enviado a Berna con la misión de informar al jefe de la Policía Federal suiza de que un oficial suizo de alta graduación pasaba información a la URSS y que este oficial estaba casado con una suiza nacida en la Unión Soviética.

La fuente del informe era un «funcionario soviético», pero el borrador no indica si él o ella seguía en activo o había solicitado asilo político.

La información fue transmitida inmediatamente al fiscal federal Gerber. En reuniones posteriores, celebradas el 29 de octubre y el primero de noviembre de 1974, el mismo «representante de un servicio secreto extranjero» aludió a una lista de unas sesenta personas sospechosas de mantener contactos con el GRU en Suiza y puso de manifiesto la delicada situación de su fuente de información, que no estaba en disposición de ampliar detalles ni contestar preguntas. Al parecer, posteriormente, ambas partes hicieron caso omiso de esta limitación.

La información del «representante del servicio secreto extranjero» apuntaba, concretamente, a «un matrimonio que, en 1964, residía en Lausana y que, durante un año, mantuvo contacto con Vassily Denissenko, agregado soviético y residente del GRU en Berna, y con sus sucesores. Los seudónimos que les daba el GRU eran *Mur* y *Mary.* La mujer, a pesar de su origen, no hablaba ruso, decía la fuente, y consideraba el francés su lengua materna.

La fecha posterior señalada por Gerber para el comienzo del caso, 16 de mayo de 1975, se refiere, evidentemente, a la visita de otro emisario del mismo servicio secreto, en el curso de la cual «se hizo un inventario —así reza el informe— que sacó a la luz nuevos casos de espionaje en los que estaban involucrados ciudadanos suizos». Fue también en esta fecha cuando los funcionarios suizos Pilliard y Hofer entregaron al emisario un cuestionario que recababa más información del *matrimonio no identificado todavía.*

El 2 de junio, los mismos actores mantuvieron otra reunión en la que el representante del servicio extranjero presentó un documento que contenía nuevos datos acerca del «matrimonio» sospechoso. El marido vivía en Lausana pero trabajaba en Berna. Iba y venía todos los días, más probablemente en coche que en tren. Sus funciones se

centraban en la «defensa aérea» y en 1964 había visitado Francia para familiarizarse con las instalaciones relacionadas con los *raids* aéreos.
El 24 de junio, la policía federal recibió las respuestas a su cuestionario, que confirmaban que la mujer consideraba el francés su lengua materna y el marido lo hablaba correctamente. Con estos datos, concluye el informe, el 24 de junio de 1975, ocho meses después de la primera información, se identificó inequívocamente a los Jeanmaire.
El borrador del informe se refiere también a un *segundo* servicio de contraespionaje extranjero que confirmó la información facilitada por el primero. ¿Los ingleses? No podemos saberlo, como tampoco podemos saber si ambos servicios recibieron su información de la misma fuente, lo cual no sería raro en la profesión.
De todos modos, en un punto el informe es terminante: Jean-Louis Jeanmaire «nunca tuvo acceso a expedientes de máximo secreto».

El 16 de enero, vi a Jeanmaire por última vez y le dije que había conseguido localizar a Denissenko. Vivía en Moscú, le dije, pero actualmente se encontraba en el hospital, enfermo del hígado. Apunté que quizá fuera a hacerle una visita en mi próximo viaje. Jeanmaire pareció no oírme. Bajó la mirada, la paseó por la cocina y, finalmente, como un colegial al que se ha prometido un caramelo, me dedicó una sonrisa radiante.

—Oh, tiene usted *suerte* —dijo.

Apéndice

El 5 de marzo de 1991, la comisión parlamentaria publicó su informe sobre el caso Jeanmaire, «para la aclaración de hechos de gran trascendencia ocurridos en el estamento militar de la Confederación» (PUK EMD). Al mismo tiempo, el gobierno suizo levantó el «secreto militar» y dio a conocer los pliegos de cargos y también la sentencia que, a causa de filtraciones, ya eran conocidos.

La comisión no se pronuncia en cuestiones, importantes, como son la legalidad del proceso o lo desproporcionado de la sentencia, invocando la división de competencias.
Es de observar que la versión publicada tiene treinta páginas, casi veinte menos que el borrador que circuló a raíz de una indiscreción. Al parecer, las reacciones de los testigos que habían declarado ante la comisión indujeron a la comisión a hacer grandes retoques. Por consiguiente, ahora es inútil buscar las manifestaciones hechas en 1977 por un alto funcionario suizo, que figuran en el borrador, de que Jeanmaire «nunca tuvo acceso a documentos de máximo secreto».
La investigación parlamentaria se ocupó únicamente del EMD, el Ministerio de Defensa. La búsqueda de filtraciones en el servicio de información militar (UNA) fue infructuosa: «Ningún elemento permite suponer la existencia de otro traidor de alta graduación en las filas del UNA ni del EMD.»
Pero, aunque los datos que condujeron a la identificación de Jeanmaire eran inequívocos, ello no descarta, según el informe, «la existencia de otro traidor». Quince personas de una «supuesta lista del GRU» que comprendía sesenta nombres supuestos en total y que fue entregada a la policía federal por un servicio de información extranjero, no habían podido ser identificadas. Ahora bien, la policía federal, lo mismo que el fiscal federal, competente en materia de contraespionaje, pertenece al departamento de Justicia y del Interior, departamentos estos que, en opinión del PUK EMD, estaban fuera de su jurisdicción.
La comisión trata con delicadeza al antiguo ministro de Justicia, Furgler. En el informe, se observa con asombro el criterio selectivo con el que han extraído pasajes de su discurso del 7 de octubre de 1976 en el Parlamento.
No es lícito, dijo entonces Furgler, «si respetamos el Estado de derecho, juzgar precipitadamente». Él no habla «como juez que dicta sentencia, sino como consejero federal y jefe del departamento de Justicia y de policía», él «orientaba con arreglo al orden y en el marco de lo permitido en el Estado de derecho». El informe silencia que Furgler hizo precisamente aquello que en apariencia quería evitar. En su discurso, pronunciado ocho meses antes del proceso, Furgler compartía la indignación de la población por el hecho de que «un oficial de alta graduación» fuera un «traidor» y aludía a una sentencia de «hasta veinte años de prisión».

Sólo un pasaje del discurso comenta críticamente la comisión. Furgler afirmó: «Jeanmaire también entregó documentos e informes del ámbito de la movilización en caso de guerra.» Con ello exageraba los hallazgos realizados hasta la fecha por la investigación. La formulación de Furgler, según el informe, podía entenderse «como alusión a una clasificación de "máximo secreto", cuando en realidad se trataba de dos documentos clasificados de "secretos"».

Con la publicación del informe de la investigación, se cierra la actuación parlamentaria en el caso Jeanmaire. El propio Jeanmaire prepara actualmente con sus abogados su tercera petición de revisión.

30 de junio de 1991

Ruth Halter,

ayudante de documentación de John le Carré.

Documentación gráfica

Pág. 39: © Jean Mohr, Ginebra.
Págs. 9, 13 (superior), 21, 23 (superior): © Jeanmaire, archivo privado.
Pág.33: *Blick*, Zúrich.
Págs. 13 (inferior), 17, 23 (inferior), 26, 28, 37: © Ringier Dokumentationszentrum, Zúrich.



JOHN LE CARRÉ. Seudónimo de David J. Moore Cornwell; Poole, 1931) Narrador inglés de novelas de espionaje cuya obra es muy popular y respetada, ya que se le considera un renovador fundamental de este género. Estudió en la Universidad de Berna, en Suiza, y en la Universidad de Oxford. Enseñó en el Colegio de Eton de 1956 a 1958 y trabajó para el servicio de exteriores británico.

Su primer éxito lo obtuvo con la novela *El espía que surgió del frío* (1963), a partir de la cual pudo dedicarse únicamente a escribir, ya que vendió millones de ejemplares. Entre sus obras merecen mencionarse la magnífica *El honorable colegial*, que transcurre en el lejano oriente; *La gente de Smiley*, que se desarrolla en el contexto de la guerra fría; *La Casa Rusia*, en la cual se retoma el enfrentamiento velado entre las potencias mundiales; *La chica del tambor*, sobre el conflicto palestino-israelí; *El infiltrado*, que trata el tráfico de armas relacionado con la droga; *El sastre de Panamá*, que denuncia la política norteamericana en América Central; *Single & Single*, donde se investigan las mafias internacionales y la curiosa novela *El peregrino secreto*, que describe los conflictos personales de los profesionales del espionaje.

Le Carré es un renovador del género porque el suyo es un estilo elegante pero también profundo en la descripción de escenarios y motivaciones de los personajes, a la vez que construye argumentos complejos e interesantes incluso como lectura política. En *El jardinero fiel* se puede apreciar cómo opera su mecanismo narrativo: la novela se desarrolla en Nairobi, capital de Kenia, antigua colonia británica, y en ella muestra el sereno mundo de los diplomáticos; de pronto ocurre un asesinato y se

destapa una trama que desvela los mecanismos económicos internacionales, en este caso de una multimillonaria industria farmacéutica. La novela es además una importante denuncia del trato que el primer mundo le da al continente africano. Sus historias son verosímiles gracias a un realismo mesurado y sus protagonistas escapan a las clasificaciones por la complejidad de sus caracteres, que en muchas ocasiones trascienden la distinción entre el bien y el mal, lo que los hace intensamente humanos. Algunos de ellos, como Smiley, el espía melancólico y carismático, intelectualmente brillante y aficionado a la poesía romántica alemana, a la vez que físicamente insignificante y casado con una hermosa aristócrata inglesa a la que ama apasionadamente aunque ésta le sea infiel, son inolvidables.

En la tradición moral innegablemente de Conrad, no ajena a Graham Greene, con el que guarda relaciones de influencia biunívoca, le Carré ha creado un modelo autónomo de novelas de espionaje, de estilo y de gusto realista, pero libre invención imaginativa. Los argumentos son complejos pero controlados, la acción tensa y carente de remansos, a pesar del gran espacio que se concede a la construcción de la psicología de los personajes. Como intelectual, le Carré llevó una vida pública activa y se enfrascó repetidamente en polémicas de interés político. Casi todas sus novelas han sido llevadas al cine, como es el caso de *La casa Rusia*, *El sastre de Panamá* y *La chica del tambor*.

Notas

[1] Mis intentos por averiguar el nombre de pila de Lugon, antiguo inspector de la policía cantonal de Waadtland y actualmente empleado por la Policía Federal, y de Hofer, ex comisario de la Policía Federal, ya retirado, se estrellaron contra una rotunda negativa. Después de un día y medio de consultas, el portavoz de la oficina del fiscal federal, manifestó que «los señores Lugon y Hofer no desean que sus nombres sean publicados con fines comerciales». Herr Hauenstein, el portavoz, declinó valerosamente dar más explicaciones. Rumpelstiltskin no podía estar mejor representado. *(N. del A.)* <<